

EL MONSTRUO DEL PLANETA NEGRO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



EL MONSTRUO DEL PLANETA NEGRO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

459. — El planeta fantasma - Joseph Berna

460. — Negras aguas de muerte - Ray Lester

461. — Espaciopolis - Curtís Garland

462. — Cautivo de las hembras Leax-Ralph Barby

463. — Lluvia diabólica - Joseph Berna

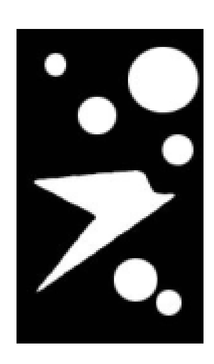
RALPH BARBY

EL MONSTRUO DEL PLANETA NEGRO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 464

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 18.199 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: julio, 1979

texto

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979



EL MONSTRUO DEL PLANETA NEGRO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

CAPITULO PRIMERO

La nave «Viking» había dado un gran rodeo por el interior de la galaxia, pues las naves terrícolas carecían aún de autonomía suficiente para franquear los límites de una galaxia.

Tan sólo habían conseguido saltar de un sistema estelar a otro y aun así, era un riesgo, un terrible riesgo perderse dentro de la propia galaxia, que era lo mismo que perderse en el universo para toda la eternidad.

Las leyes confederales terrícolas no podían impedir que todos aquellos exploradores y pioneros que poseyeran la documentación en regla, pudieran tomar una nave y marchar por su cuenta y riesgo en busca de otros mundos, de tesoros que viajaban a través del universo, en forma de metales preciosos y radiactivos, de nuevos planetas habitables.

Y como había ocurrido muchos siglos antes, cuando los europeos habían ido al descubrimiento de América o cuando los norteamericanos del Este habían partido a la conquista del Oeste, los terrícolas más aventureros habían sentido la necesidad de partir fuera del sistema estelar llamado del Sol.

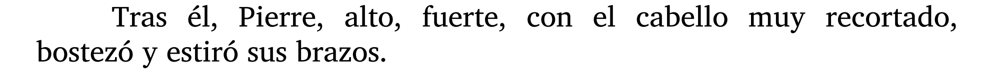
La mayoría no regresaban; nada se sabía de ellos, siempre quedaba la incógnita de su regreso, pero cualquier terrícola era libre, y podía escoger su destino.

Cuatro hombres habían formado una pequeña sociedad limitada, la Viking S.-L.

Habían unido todo su dinero confederal, y con él habían comprado la nave exploradora a la que bautizaron con el nombre de «Viking». La llenaron de víveres y pertrechos y la habían modificado en alguno de sus sistemas, no en vano los cuatro eran expertos cosmonautas.

Se habían lanzado al espacio exterior, planeando, en lo que cabía, su viaje. Habían establecido metas donde poder detenerse y adquirir suministros, repostar y también divertirse un poco porque, aunque conseguían alcanzar la velocidad 10 mach luz, el tiempo de viaje se hacía largo y pesado.

—Compañeros, llegamos a Xama —dijo Clyton, que en aquel momento se hallaba en la butaca de pilotaje.



Tras él, Pierre, alto, fuerte, con el cabello muy recortado, bostezó y estiró sus brazos.

—Ya tenía ganas de divertirme.

—Lo que tienes es ganas de atrapar a una bailarina de nuestra especie —bromeó desde su litera Renis, que en su pantalla de distracción particular estaba solazándose con un show, en el que una danzarina terrícola se movía con una gran sensualidad.

Renis había visto aquel número infinidad de veces, pero no parecía cansarse de él. La chica le gustaba y la pantalla de TTV resultaba de tan magnífica nitidez y tan perfectamente tridimensional en su visión, que a él siempre le parecía que, con estirar la mano, atraparía a la chica y la acercaría para poder besarla. Más, cuando inconscientemente lo hacía, sus ansiosos dedos tropezaban con la frialdad del cristal de la pantalla.

—¿Bailarina, yo? El que estará rabiando por atraparlas serás tú.

—¿Por qué no? No soy de hielo carbónico. Lo malo de estos viajes siderales es que durante mucho tiempo no tienes chicas con las que poder acostarte.

—Ya propuse llevarnos a una de muestra —se rió Pierre.

—Buena la hubiéramos armado... De llevarnos, habría tenido que ser cuatro —observó Clyton, que se mantenía atento al cuadro de mandos, mientras un universo plagado de estrellas se extendía frente a él, al otro lado del gran-cristal protector de la cabina de pilotaje. —Hubiera resultado demasiado costoso, y no disponíamos de tanto oxígeno ni alimentos, en suma, que habríamos tenido que adquirir una nave mayor, más impropia para larguísimos viajes, y no teníamos bastante dinero para eso.

—Tú siempre estropeándolo todo con tus argumentos materialistas —se quejó Pierre.

—Con no tratar de viajar tan lejos... —opinó Renis, que se había levantado y besaba la pantalla de TTV cuando el rostro de la danzarina quedaba en un primer plano. El cosmonauta trataba de alcanzarle la boca, aunque sólo fuera en ilusión.

—Mirad a Walker, miradle, él sí que está tranquilo —indicó Pierre—. Duerme como un tronco.

Clyton observó entonces:

—No te fíes, también es un varón y, cuando se le presenta la ocasión con una chica, no la desaprovecha.

—Los cuatro necesitamos con urgencia encontrar una boquita que nos diga tonterías, mientras nosotros llenamos de mordiscos el resto del delicado cuerpo de una hembra.

—Tus antepasados debieron ser caníbales, Pierre —rezongó Walker, despertando de súbito.

—Jamás había visto a un tipo como tú, hasta durmiendo debes de ser frío. Y. encima, Clyton dice que también te pones sensible ante las mujeres

—No esperarías que me pusiera tierno delante de ti, ¿verdad?

—Oh, no, por Dios, te arrancaría los ojos. —Pierre, burlón, parodió a un homosexual.

Clyton encendió la pantalla de supra-tele-comunicación, tras poner en marcha previamente la llamada automática.

En pantalla apareció el rostro de un xamanícola rojinegro, que semejaba estar cubierto de escamas, y que sonrió. Había que conocer a los xamanícolas para saber cuándo sonreían, con aquella boca casi circular, de labios muy sobresalientes, casi en forma de corta trompetilla.

Los dos ojos eran grandes y ahuevados, con cuatro pupilas en cada uno de ellos, una grande, fija y amarillenta, y tres orbitando a la central, con movilidad propia, lo que les permitía mirar en varias direcciones al mismo tiempo.

Definitivamente, aquellos xamanícolas se parecían muy poco a los terrícolas, claro que ni la troposfera ni la atmósfera de su planeta eran las mismas que las del planeta Tierra.

—Aquí, centro de control del astropuerto imperial de Xama.

—Aquí, Clyton y compañía.

—Eh, la compañía somos Pierre, Walker y Renis —gritó Pierre, con su vozarrón.

—La nave «Viking» solicita permiso para tomar contacto en el astropuerto imperial de Xama.

—Llamada recibida, llamada recibida —respondió el oficial del

centro de control—. ¿Cuál es el motivo de vuestra arribada a Xama?

—No te fastidia —se lamentó Pierre—. Queremos descansar, reposar y buscar compañía femenina; si no terminaremos mal aquí dentro.

—Reposición de víveres y suministros —puntualizó Clyton, más lacónico.

—Permiso concedido; seguid instrucciones. El ordenador del centro de control imperial de Xama os marcará el área de toma de contacto en el astropuerto imperial.

Pierre gruñó.

—Diablos con tanto imperial...

—Si no quieres tener problemas con los xamanícolas, cuida tu lengua —le recomendó Clyton—. Son muy susceptibles, y ya sabes que nunca han acabado de hacer buenas migas con nosotros; sólo nos toleramos y nos miramos con recelo.

—Algún día nos partiremos la cara con los xamanícolas —vaticinó Renis. Bostezó, levantándose, y abandonó su litera, pues ya había terminado el show del videotape que tenía para divertirse.

—No quiero complicaciones, nosotros no somos milicianos —les advirtió Clyton.

Walker, que ahora tenía las manos tras su nuca, añadió.

—Somos aventureros del cosmos, vamos buscando fortuna, saltando de un planeta a otro.

—Pero hacer fortuna no es nada fácil —se lamentó Pierre—. Cuando se encuentran buenos yacimientos de un metal interesante, resulta que las condiciones del planeta o planetoide son tan hostiles, y está tan lejano, que no resulta rentable económicamente.

—Eh, Walker —le interpeló Clyton.

—¿Sí?

—¿Quieres encargarte de colocar la «Viking» en el astropuerto de Xama?

—¿Por qué no lo haces tú?

—Diablos... ¿Siempre tengo que manejarla yo?

Clyton no se molestó porque no le relevaran. Le gustaba pilotar la nave espacial, era casi como una droga navegar entre los planetas y aproximarse a ellos, planetas de distintos colores, según su atmósfera, según la luz que reverberaban, según las materias de las que estuvieran compuestos.

Xama era un planeta de tonos rojizos, debido al exceso de derivados nitrogenados que poseía su atmósfera, una atmósfera que no era del todo favorable a los terrícolas. Poco oxígeno y un exceso de nitrógeno, nada que fuera venenoso, pero que les debilitaba con rapidez.

La presión y la gravedad eran soportables, la temperatura resultaba bastante variable y la humedad ambiental, excesiva.

—Entramos en órbita —advirtió Clyton.

Comenzaron a parpadear unas luces naranjas, y sus tres compañeros se sujetaron en butacas y literas, respectivamente.

En el ordenador de la nave entraban las órdenes que les enviaban desde el astropuerto. Todo era normal, una operación de toma de contacto con un planeta ya conocido.

La nave se hundió en la atmósfera del planeta, tras reducir la velocidad grandemente. Entraron en funcionamiento los potentes chorros de energía de la panza y las cortas alas, y la nave descendió suavemente en horizontal en el área que se les había marcado en el astropuerto donde se hallaban estacionados varios tipos diferentes de naves, unas en vertical y otras en horizontal.

—Listos, hemos llegado —dijo Clyton, en voz alta, mientras se encendían las luces azules del control de mandos y una batería de pilotos luminosos y relojes controladores se apagaban y las agujas regresaban a cero. En pantalla apareció de nuevo el rostro del oficial xamanícola.

—Bien llegados a Xama, terrícolas. Abrid la rampa de acceso, un pelotón de aduana subirá a vuestra nave.

—No pensamos desembarcar nada —advirtió Clyton.

—Las ordenanzas deben cumplirse. Dad libre acceso al pelotón de aduana o se tomarán las medidas correspondientes.

—Está bien —replicó Clyton, cerrando la pantalla para no ver más la cara del xamanícola.

—Esos tipos se han creído que son los amos —gruñó Pierre.

—Es verdad —admitió Renis—, Sólo estamos aquí de paso, unos días de descanso y luego a reanudar el viaje hacia la Tierra. Ya tengo deseos de llegar.

—.No ha sido una exploración muy fructífera que digamos —rezongó Walker—, pero siempre podemos ofrecer un viaje al planeta virgen.

—No hables de él aún —le recomendó Clyton—. Quizá podamos sacar algún beneficio de ese descubrimiento, a lo peor, no, ya veremos, pero si hablamos demasiado, no sacaremos nada en limpio; eso sí que es seguro.

—Eh, ahí viene el pelotón de aduana. Ni que traficáramos en drogas siderales —gruñó Pierre.

Dos vehículos, con agentes uniformados y bien pertrechados de armas, se acercaron a ellos. Clyton oprimió un botón que abría la escotilla y hacía descender la rampa de acceso automáticamente.

—No tenemos nada que ocultar, no busquemos pleitos con ellos.

—Iremos a ver al embajador y protestaremos —masculló Pierre, con su vozarrón. Era el más grande y corpulento del grupo.

—Nunca me acostumbraré del todo a verles la cara de cerca —gruñó Renis, desperezándose.

Clyton se aproximó a la entrada de la nave y se enfrentó con el oficial del pelotón xamanícola.

—Bien venidos a bordo de la «Viking», no tenemos contrabando que ocultar, llevamos solamente víveres para consumo propio y algunas botellitas de bebidas alcohólicas terrícolas.

—Están prohibidas en Xama —gruñó el oficial de aduanas.

—Lo sé, son para consumo propio. Nos gusta celebrar nuestras Navidades, aunque estemos solos, perdidos entre las estrellas.

—¿Navidades?

—Sí, fiestas típicas en la Tierra.

A Clyton le pareció que aquel oficial sonreía, pero no estaba muy seguro.

Los agentes de aduana, armados según estipulaban sus ordenanzas, es decir, hasta los dientes, entraron en la nave y observaron a los terrícolas.

El oficial puntualizó a Clyton:

—Según la ficha del ordenador, viajaban cuatro terrícolas en esta nave.

—Exacto.

—Aunque pase de los cien kilos terrícolas, sólo valgo por uno —rezongó Pierre.

—Bien, bien; de todos modos, registraremos la nave.

—Creo que os tomáis demasiadas molestias —opinó Clyton—. Podríamos quejarnos al embajador.

—¿Embajador? —volvió a sonreír—. Terrícolas, salid de la nave los cuatro.

—¿Se trata de una orden? —preguntó Walker.

—Sí.

—¿Debernos entender que estamos detenidos?

—Exacto —respondió el oficial xamanícola con su voz burbujeante.

—Eso puede traer complicaciones.

—Cumplo órdenes. Vamos, terrícolas, cualquier resistencia será replicada con nuestras armas.

—Esto se pone feo, compañeros.

—Si quieren pelea… —silabeó Pierre.

—No llagamos tonterías —pidió Clyton.

Sabía bien que, además de estar superados numéricamente en cinco a uno, los xamanícolas iban bien pertrechados de armas. Por otra parte, la nave terrícola posada en el astropuerto era vulnerable, por las defensas bélicas que poseía dicho astropuerto.

—Salgamos todos, esto se aclarará; viola los pactos interplanetarios.

—Nosotros cumplimos órdenes, no sabemos nada de pactos —replicó el oficial xamanícola.

Cuando descendieron por la rampa, sin haber tenido tiempo de colocarse sus mejores ropas, vieron que, además del vehículo del pelotón, habían llegado otros siete, llenos de milicianos xamanícolas, todos ellos armados.

Uno de los vehículos era un furgón sólidamente cerrado, al que les invitaron a pasar, tras abrir las sólidas puertas. Luego, éstas se cerraron y se quedaron con una luz piloto protegida tras un grueso cristal irrompible. La comitiva se puso en marcha.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó Renis.

Walker opinó:

—Que no hemos tenido tiempo de darnos cuenta, y ya estamos metidos en una jaula. No hay que fiarse jamás de los seres no terrestres.

—Y de los terrestres, tampoco —puntualizó Pierre.

—Quizá crean que a bordo llevamos algún cargamento importante —opinó Clyton, resignándose—. Ya se aclarará este pleito.

Renis, molesto por no tener ninguna mirilla para ver el exterior, gruñó:

—Me temo que estamos metidos en un lío gordo, y que salir de él no va a ser nada fácil.

—Esperemos que no aciertes —deseó Pierre—. A lo mejor nos preparan un recibimiento por todo lo alto; de estos tipos nunca se sabe.

—Ten cuidado, Pierre, seguro que nos están escuchando —le dijo Walker, buscando por las paredes y el techo algún mini-micrófono u objetivo de cámara de televisión.

—Sea lo que sea, pronto lo sabremos —dijo Clyton, justo cuando el vehículo en el que estaban siendo transportados se detuvo.

Lo más insólito, lo más inesperado, aguardaba a los cuatro aventureros terrícolas que habían permanecido mucho tiempo viajando por el espacio sideral, en busca de algún hallazgo que pudiera proporcionarle la fortuna que buscaban.

CAPITULO II

Cuando se abrió la puerta del vehículo en que fueran transportados en calidad de detenidos, se encontraron frente a una doble fila de milicianos xamanícolas, portando armas. Renis gruñó en voz baja:

—No hay escapatoria; si tratamos de escapar, nos van a achicharrar.

—No tenemos por qué escapar, no hemos transgredido ninguna ley, que yo sepa —dijo Clyton.

—¡Vamos, terrícolas, abajo! —ordenó el oficial, avanzando entre la doble hilera de milicianos armados.

—Ya habéis oído, muchachos, hay que seguir. Ya veremos dónde terminamos.

—Sólo me faltaría una mazmorra húmeda, ahora que empiezo a tener reuma —gruñó Renis.

—Eso te pasa por comer demasiado —le dijo Walker.

—¿Comer demasiado? No será tanto, tengo huesos para soportar unos kilos más.

—Vamos —insistió el xamanícola, con su voz burbujeante.

—Podían habernos advertido que seríamos recibidos así, habríamos pasado de largo —masculló Renis, que miraba de reojo a aquellos seres cuyos rostros no parecían expresar nada.

Bien escoltados, cruzaron por una amplísima sala y luego fueron introducidos en el despacho en el que campeaba el escudo-emblema del imperio de Xama. Era un gran escudo de oro, que tenía la forma

de uno de los ojos. Estaba hecho en oro y sobre él estaban incrustadas piedras preciosas, que trataban de simbolizar las cuatro pupilas de un ojo xamanícola, una grande, central, y tres orbitándola, lo que les permitía una gran capacidad de visión, calcular mejor las distancias y ver con mucha precisión algo que interesara, sin perder de vista el resto del campo visual.

Frente a ellos había tres tronos, con sendos xamanícolas bien aposentados en ellos. Eran los tribunos. Poseían un sistema de jerarquías semejante al que tuvieron los romanos en la antigüedad de la civilización terrícola.

Allí estaba el tribuno civil o del pueblo, el tribuno militar y el tribuno de la justicia. El mando del imperio era compartido por los tres, ninguno de ellos estaba por encima de los restantes.

—Atiza, nos han traído ante los mismísimos tribunos —comentó Pierre—. Debemos ser unos detenidos importantes.

Se produjo un silencio, que se podía palpar dentro del amplísimo despacho. No era el gran salón de las recepciones, pero sí el despacho de recepciones que poseían los tribunos que gobernaban el imperio de Xama.

—Terrícolas —comenzó a hablar el tribuno de la justicia—. Habéis arribado a Xama en el comienzo de la era de la paz para nuestro imperio.

Renis, en voz baja, comentó:

—Ni que hubiéramos estado en guerra.

—¿Nos darán upa comilona? —preguntó Pierre.

El tribuno militar prosiguió:

—No tenemos intención de haceros daño alguno. Podríamos aniquilaros ahora mismo, pero vuestro exterminio ya no tiene significado alguno para nosotros.

—Vuestra civilización ha desaparecido, sólo quedáis vosotros —puntualizó el tribuno del pueblo.

Aquella noticia, totalmente inesperada, les dejó atónitos. Clyton palideció; si lo que les estaban diciendo no era una broma pesada, algo muy grave debía haber sucedido. Para clarificar lo dicho, el tribunal militar continuó :

—Nuestras colonias ultraestelares fueron atacadas por la milicia espacial de la Confederación Terrícola, es decir, por vuestro pueblo.

—¿Hubo acaso alguna guerra entre las dos civilizaciones? —preguntó Walker.

Los tres tribunos asintieron a la vez. El que poseía el poder de la justicia explicó:

—Fuimos atacados y dimos cumplida respuesta. Se inició la guerra en los sistemas estelares, una guerra total a muerte que, por lo visto, vosotros desconocíais.

—En efecto, nada sabíamos —asintió Clyton—, Venimos de explorar mundos lejanos, podéis comprobarlo en la memoria del ordenador de nuestra nave.

—Lo creemos —aceptó el tribuno del pueblo.

No sin cierto orgullo, el tribuno militar explicó:

—Todas las colonias terrícolas fueron desintegradas por nuestras milicias espaciales. El planeta Tierra ha quedado sin vida biológica, fue bombardeado hasta su total exterminio. Vuestros océanos se han evaporado, y forman una inmensa nube de vapor en torno al planeta que, a nivel de corteza, y según nuestra última medición, estaba por encima de los diez mil grados Celsius, una medida que vosotras comprendéis bien.

Ante aquella noticia, los cuatro terrícolas estaban como petrificados. El tribuno de la justicia prosiguió ahora.

—Todo signo de vida terrícola fue borrado del universo, a excepción de algunos aventureros incontrolados, que han quedado dispersos por el cosmos, buscando fortuna.

—¿Y cuál va a ser nuestro destino ahora? —inquirió Clyton.

—¿Nos van a desintegrar? —quiso saber Renis.

—Los terrícolas habéis sido una civilización arrogante y belicosa; quisisteis la guerra y os ha costado el exterminio de la especie aunque, por lo visto, no es total.

El tribuno del pueblo agregó:

—Existen dos hembras, terrícolas con vida. ¿Sabéis lo que puede significar eso?

Los cuatro sintieron que la sangre corría de nuevo por las venas. Clyton dijo:

—Pues que tenemos la posibilidad de salvar nuestra especie y comenzar de nuevo, aunque habrían de pasar milenios antes de que pudiéramos constituir un pueblo con algunas posibilidades bélicas.

—Así es, terrícola —aceptó el tribuno militar—. En muchísimo tiempo, ya no representaréis peligro alguno, ni para nosotros ni para nadie más, en el espacio sideral.

—Es muy probable que vuestras vidas sean respetadas, si hacéis méritos para ello —les dijo el tribuno de la justicia.

Clyton observó entonces que una corriente de aire modificado llegaba hasta ellos, por lo que podían resistir mucho tiempo respirando la atmósfera de Xama, que les era perjudicial. El vehículo en el que habían sido transportados también debía tener un corrector de atmósfera para adaptarla a los terrícolas, aunque preocupados como iban por lo que les estaba ocurriendo, ni habían reparado en ello.

—¿Dónde están las hembras terrícolas? —preguntó Clyton.

Fierre casi vociferó:

—Sin nuestras hembras, no podemos recuperar nuestra especie.

—Si queréis vuestras vidas y también a vuestras hembras terrícolas, deberéis de pagar algo a cambio.

—¿Qué es lo que deseáis de nosotros, si cuanto tenemos nos lo podéis arrebatar, sin más, ya que estamos en calidad de cautivos?

El tribuno de la justicia respondió a Clyton:

—Es una excelente observación, terrícola. Todo cuanto tenéis nos lo podemos quedar, pero no es nada de lo que poseéis lo que deseamos de vosotros.

—¿Qué es, entonces? —insistió Clyton.

El tribuno militar preguntó:

—¿Conocéis el planeta Negro?

—Sí, es un planeta de vuestro sistema estelar.

—Una misión científica de Xama sufrió un accidente en ese

planeta y, aparte de morir los miembros de dicha expedición, se perdió una caja que es valiosa para nosotros. Traédnosla, y os daremos a cambio a las dos hembras terrícolas, y os dejaremos partir en paz hacia donde deseéis.

—¿Y si esas hembras de que nos habláis no existen? —preguntó Walker, receloso.

—Existen —replicó el tribuno del pueblo.

El tribuno militar señaló hacia una gran pantalla que había en la pared y pidió:

—¡Miradlas!

La pantalla se iluminó, y aparecieron dos mujeres terrícolas, tan jóvenes como hermosas.

Una tenía los cabellos negro azabache y la otra, de un rubio muy claro. Las dos, como única ropa, llevaban túnicas semitransparentes que les llegaban a los pies, y que dejaban al descubierto gran parte de sus respectivos senos, unos pechos que ambas poseían muy hermosos, altos y firmes.

La ropa con que estaban confeccionadas las túnicas no bastaba para ocultar tanta belleza en líneas y color de las dos féminas.

Las muchachas se movían con naturalidad, ignorantes de que eran observadas a través de un sistema de teletrivisión.

—Eso puede ser una grabación —objetó Clyton.

El tribuno del pueblo rectificó:

—No es ninguna grabación.

—Preguntad lo que queráis —ofreció el tribuno militar—. Vamos a abrir el canal de sonido para que puedan oírnos.

—¿Cómo se llaman? —interrogó Clyton.

—Elsa es la que tiene los cabellos que vosotros llamáis rubios, y Sandry es la de los cabellos negros —aclaró el tribuno de la justicia.

—¡Elsa, Sandry! ¿Me oís?

Las dos jóvenes que podían verse en pantalla, y que se hallaban en una especie de jardín, con abundancia de árboles y plantas, comenzaron a mirar en derredor, como buscando el lugar de donde

partían las voces.

—¡Elsa, Sandry, somos nosotros! —vociferó Pierre.

—¿Quiénes sois, dónde estáis? —preguntó Sandry.

—Somos terrícolas como vosotras. Estamos bien, y deseamos saber cómo estáis vosotras.

—Bien, bien. ¿Quién eres tú?

—Me llamo Clyton; soy un buscador de fortuna del espacio. Están conmigo Walker, Pierre y Renis.

—¡Qué felicidad, ya creíamos que no quedaban más terrícolas que nosotras mismas! ¿Cuándo vendréis por nosotras? —preguntó la rubia Elsa.

—Pronto, decidnos dónde estáis.

Las muchachas hablaron, pero ya no se pudo oír su voz. El tribuno militar puntualizó :

—Ya habéis podido comprobar que están vivas.

—¿Dónde las tenéis? —gruñó Renis, apretando los puños, enfurecido.

Clyton temió que, de un instante a otro, cometiera la locura de salvar la distancia que les separaba de los tribunos y arremetiera contra ellos a puñetazos, lo que no conseguiría porque, antes de llegar frente a ellos, posiblemente la guardia personal de los tribunos que gobernaban el imperio de Xama ya le habría desintegrado con sus armas.

—Están bajo nuestra protección, digamos que como una especie rara a extinguir.

El tribuno militar añadió a la observación del tribuno del pueblo:

—Jamás descubrirías su paradero. Vuestra única oportunidad de que ellas se unan a vuestro grupo es que cumpláis lo que os exigimos, claro que, conociendo vuestra forma de ser, tendréis problemas en el futuro. Sois cuatro varones y ellas, dos hembras, lo que quiere decir que o compartís una entre dos, o dos se quedarán sin la posibilidad de gozar y procrear, y sabemos bien la importancia que eso tiene para vosotros.

—Olvidaros de los problemas que puedan surgir entre nosotros; lo que importa es que ellas se unan a nosotros, puesto que son de nuestra misma especie.

—Seguís siendo orgullosos —replicó el tribuno militar a Clyton —. Sí, demasiado orgullosos, pese a que estéis vencidos, pese a que seríais exterminados y, con vosotros, toda vuestra especie, con solo que nosotros diéramos la orden.

No la daréis —dijo Clyton, con seguridad.

Sus compañeros le miraron, un tanto temerosos de aquellas palabras, de aquella actitud que era un claro desafío.

—¿Tan seguro estás de que no os vamos a exterminar? —preguntó el tribuno de la justicia—. ¿O acaso lo que deseas es una demostración con alguno de tus hermanos de especie? Así, eliminándolo, ya tendrías un rival menos para cuando llegara el momento de la repartición de las hembras terrícolas.

—Tus palabras están cargadas de veneno, tribuno, pero no me hace falta ninguna demostración. Sé perfectamente que podéis exterminar a uno de nosotros y quizá hasta a dos, pero no a todos.

—¿Por qué?

—Porque deseáis recuperar esa caja que habéis perdido en el planeta Negro, y que preferís que recuperemos nosotros.

—Bueno, no es tan importante —replicó el tribuno del pueblo.

—Sí debe de serlo, cuando os interesa y no habéis enviado a ninguna misión de recuperación vuestra. ¿O acaso sí la habéis mandado y no ha podido regresar?

—Se terminó la audiencia —sentenció el tribuno de justicia.

Mientras se levantaba, el tribuno del pueblo dijo:

—Todo lo que os haga falta en suministros, os será entregado.

El tribuno militar creyó oportuno puntualizar:

—No se os dará ni una sola arma y, una vez partáis en dirección al planeta Negro, no se os prestará ninguna clase de ayuda. Suerte, terrícolas, la vais a necesitar.

Los cuatro vieron cómo los tribunos se alejaban, dando por concluida la recepción. Ellos iban a ser trasladados, de inmediato, al

furgón que los habría de regresar a la nave «Viking», todavía más desconcertados que cuando fueran obligados a abandonarla, por la fuerza de las armas.

CAPITULO III

Se hallaban de nuevo en la «Viking».

No les permitieron visitar la ciudad imperial de Xama, según el oficial, para que no fueran linchados, ya que, en la guerra interestelar, aunque habían sido los xamanícolas los victoriosos, los terrícolas habían exterminado a muchos de ellos y los familiares y el pueblo de Xama desearía vengarse. En cierto modo, la escolta no dejaba de ser una protección.

—¿Qué hacemos? —preguntó Renis.

—Preguntarle al ordenador lo que nos hace falta, y los xamanícolas nos lo proporcionarán —observó Clyton.

Walter, reflexivo, inquirió:

—¿Por qué no querrán ir ellos en busca de esa caja cerrada que tiene los cinco círculos concéntricos por un radio?

—Si supiéramos por qué no van ellos a buscar la caja, quizá tendríamos un arma excelente para obligarles a que nos entregaran a las dos chicas terrícolas —le dijo Clyton.

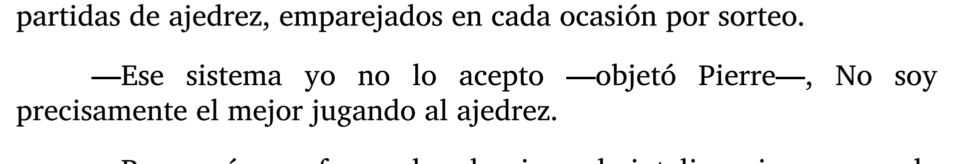
—Y lo cierto es que son maravillosas; las convertiremos en madres rápidamente —suspiró Pierre.

—Ni que fueran tus esclavas —le objetó Walker.

—¿Cómo nos las repartiremos? Somos cuatro y ellas dos.

Renis acababa de lanzar la pregunta al aire, una pregunta que seguro les iba a proporcionar muchos problemas.

—Podemos jugar nuestra suerte a los dados o a una serie de



partidas de ajedrez, emparejados en cada ocasión por sorteo.

—Ese sistema yo no lo acepto —objetó Pierre—, No soy precisamente el mejor jugando al ajedrez.

—Pues sería una forma de seleccionar la inteligencia para que la heredaran los futuros terrícolas. No hay que olvidar que nosotros estamos obligados a rehacer nuestra especie y es lógico que para la procreación se elijan los más aptos.

Pierre enrojeció. Casi tartamudeando puntualizó:

—En ese caso, nadie mejor que yo. Soy el más alto, el más fuerte. Conmigo se aseguraría una raza biológicamente superior.

—Demasiado pesado y gordo —objetó Walker.

—Hace falta un equilibrio entre la inteligencia y la anatomía —intervino Renis—. Nadie mejor que un buen culturista, un hombre que no sea demasiado delgado ni grueso, un equilibrio es lo que yo digo. A ver, ¿quién tiene unos músculos tan bien formados como los míos?

Renis se había subido las mangas de la camisa para mostrar sus brazos donde, efectivamente, se marcaba la perfección de sus músculos.

—Tú eres un narciso, y no deseas amar si no que las mujeres te adoren —casi le escupió Pierre.

—Sólo falta que comencemos a pelearnos. ¿Alguien ha preguntado a quién elegirán las propias chicas? Nosotros estamos en exceso —puntualizó Clyton—, Ellas son la minoría, por lo tanto, las que deben seleccionar. Nosotros podemos decir lo que queramos y hacer las payasadas que más nos convengan, pero ellas son las que tienen el derecho de escoger al macho que ha de ser el padre de sus hijos.

—¿Y si no están capacitadas para elegir? —rezongó Walker.

—No las subestimes; si no eligen con la ayuda de un ordenador, pueden escoger haciendo caso de sus sentimientos.

—Bah —despreció Pierre—. Si tienen instintos maternales, y no tienen a un bebé cerca, son capaces de escoger por pareja al más enclenque para protegerlo y mimarlo, y eso es condenar a la futura humanidad terrícola a ser enclenque y asténica.

—¿Te estás refiriendo a mí, por casualidad? —gruñó Walker,

achicando sus ojos amenazadoramente.

Walker no era un hombre que buscara camorra, pero cuando entraba en ella, era de temer, y Clyton lo sabía. Lo había visto pelear y no se conformaba con unos puñetazos o mamporros, como hacía Pierre. Walker luchaba hasta que su enemigo estaba totalmente aplastado y sin posibilidad alguna de recuperación.

—Vamos, vamos, ya está bien. Primero hagamos el trabajo y después ya tendremos tiempo de decir más idioteces como las que estamos soltando todos.

—¿Yo digo estupideces? —preguntó Pierre, haciendo sobresalir el morro, en actitud molesta.

—He dicho todos, incluyéndome yo también.

—Bueno, si es así…

—Voy a encargarme de hacer la lista de los alimentos; estará en una hora. Toda la culpa la tiene Pierre, que se lleva comida de la bodega sin fichar en el ordenador. Habrá que contar las cajas; respecto a la comida no nos podemos fiar.

Todos se pusieron a trabajar.

Clyton trató de emplear las telecámaras para observar la ciudad imperial, pero la metrópoli no estaba a su alcance, debido a la barrera que ofrecía una cadena de colinas que separaba el astropuerto del área habitada.

Hubiera deseado saber si aquella guerra interestelar, que acabó con los vencidos, en aquel caso los terrícolas, había afectado a los xamanícolas.

Tres horas más tarde, como estaba previsto, se presentó en la «Viking» el oficial de la guardia imperial miliciana, que dependía directamente del triunviro de tribunos que gobernaban el imperio de Xama.

—¿Tenéis la lista?

Los cuatro terrícolas se enfrentaron al xamanícola. Sabían que no podían hacerle nada, cualquier daño que intentaran causarle sólo serviría para desahogar su rabia por la desaparición de la especie terrícola, pues la réplica por parte de los xamanícolas habría sido fulminante y su exterminio, inmediato. Y con su desaparición, habría terminado la especie terrícola y su posibilidad de resurgir entre las

cenizas, como la mítica ave fénix.

—Esperamos que nos lo traigan todo —dijo Renis.

—Eso lo determinarán mis superiores —replicó la burbujeante voz del oficial xamanícola.

—¿Qué diablos hay en el planeta Negro, que le tenéis tanto miedo? —preguntó Pierre, sin ambages.

—El imperio de Xama no tiene miedo a nada, bien os lo hemos demostrado a vosotros, seres inferiores del universo, que habéis sido exterminados.

Pierre tuvo intención de tumbar al xamanícola de un puñetazo, pero Clyton le contuvo el brazo y Walker adelantó la lista de cuanto necesitaban.

La boca, redondeada y en forma de trompetilla, del xamanícola, semejó sonreír. Sus dos pupilas centrales estaban fijas y también los tres pares de pupilas orbitales que, de mirarlas con fijeza, llegaban a hipnotizar.

—Pronto recibiréis los suministros; no tratéis de abandonar la nave, no os está permitido. Aguardad nuevas órdenes.

Con la lista en la mano, el oficial de la guardia imperial de Xama abandonó la nave Viking.

—Hay que tener más cuidado —advirtió Clyton—, Estamos en situación de inferioridad.

—Hay que pensar algo —gruñó Walker, hundiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿Pensar? ¿Es que esos malditos xamanícolas nos dejan opción a pensar? —se quejó Renis.

Clyton sacó de una cajetilla un cigarrillo de mentobacco. Arrancó .la punta con la uña y él mismo se lo encendió. El suave y agradable aroma del mentobacco, que no atacaba al hombre ni le producía enfermedades, se expandió por la estancia. .

—¿Te refieres a que no es bueno obedecer en todo a los xamanícolas?

—¿Acaso tú crees que es bueno? —preguntó Walker, encarándose con Clyton, apuntándole con un dedo que poco antes

estaba metido en el bolsillo del pantalón.

—Hasta ahora hemos sido sorprendidos; nos hallamos en calidad de prisioneros, con opción a salvar el pellejo, pero bajo ciertas condiciones.

—Condiciones que yo no estoy muy seguro de que ellos cumplan.

—Pienso lo mismo que Walker, aunque sea sólo por una vez —corroboró Renis.

—La verdad es que suponiendo, y es mucho suponer, que vayamos al planeta Negro, encontremos la caja que buscan, la carguemos en la nave y la traigamos aquí, ¿quién nos garantiza luego que las chicas nos serán entregadas y que no seremos exterminados todos?

—Estamos metidos en una sartén y el mango lo tienen los xamanícolas —reconoció Clyton—. Hay que moverse con cuidado para no quedar fritos. También soy del parecer de que las cosas no van a ser nada fáciles. Si ellos no quieren ir a ese planeta Negro, será por alguna razón, una razón que les inquieta, pero ¿cuál es? Sólo lo sabremos cuando lleguemos allá.

—Buscar una caja metálica cerrada, por toda la superficie de un planeta, es una tarea absurda; no lo conseguiremos jamás —gruñó Pierre.

—Esperemos que,, en el último momento, nos den alguna explicación, sólo faltaría que nos hicieran desembarcar en el planeta Negro para que nos pasemos la vida buscando esa dichosa caja —opinó Renis.

Walker, más frío, expuso:

—También deberían hablarnos del contenido de la caja metálica.

—De todos modos, no nos queda más solución que obedecer, aunque me gustaría lanzar llamadas al espacio para ver si queda alguna colonia terrícola superviviente de la guerra interestelar o quizá alguna otra nave como la nuestra. Sería un gran alivio comprobar que no somos los únicos varones terrícolas en el universo. De ser así, tendríamos mucha más responsabilidad, estaríamos más obligados a guardar nuestras vidas porque, más que nuestras, pertenecen a la especie del homo sapiens terrícola.

Renis suspiró, antes de decir:

—La colonia más cercana de terrícolas que yo conozco tardaría más de un año en enviarnos la respuesta.

—Tendremos que actuar como si fuéramos los últimos terrícolas de nuestra civilización.

—Y de todas las habidas en el planeta Tierra —puntualizó Walker—, porque si se cargaron a nuestro planeta, ya no queda nadie.

—Miles de grados y los océanos convertidos en vapor, inmensas nubes que flotan en torno al planeta… ¿Qué ocurrirá cuando la corteza del planeta se enfríe por debajo de los cien grados? —se preguntó Renis, en voz alta.

—Que lloverá y lloverá como jamás lo ha hecho sobre el planeta —suspiró Walker.

—Aguaceros interminables hasta que el agua vuelva a ocupar los correspondientes huecos en los océanos y mares, suponiendo que el planeta conserve la misma estructura geofísica —añadió Clyton.

—Creo que, discutiendo, no llegaremos a ninguna conclusión —gruñó Pierre, y Renis se puso de su parte.

Clyton dijo, de pronto:

—Creo que se me ha ocurrido una idea.

Todos miraron hacia él, con interés. Clyton solía tener buenas ideas, y no era precisamente un hombre que se quedara quieto y pasivo ante las dificultades, esperando que se resolvieran por sí solas.

—¿Cuál es tu idea? —inquirió Walker.

CAPITULO IV

Los xamanícolas llegaron con sus vehículos cargados con los suministros requeridos por los terrícolas.

La maquinaria de transporte cargaba en la bodega de la «Viking» todo aquel material y alimentos y Renis y Pierre se encargaban de su distribución, mientras Walker y Clyton se enfrentaban al grupo de tres oficiales que controlaban la situación.

—Y ahora que está todo o casi todo a bordo de la nave, traerán a las hembras terrícolas para que vengan con nosotros.

Los tres xamanícolas semejaron haber oído mal las palabras de Clyton porque se miraron entre sí, desconcertados. Fue cuando el oficial de más alta graduación se encaró con Clyton y, con su voz burbujeante, concretó :

—No hay orden de que las hembras terrícolas tengan que ser traídas a esta nave.

—Si no tienes órdenes, las buscas o se lo dices a tus tribunos. Si ellas no vienen a bordo, nosotros no hacemos el trabajo.

—Terrícola, no puedes hablar en ese tono, de nuestros tribunos.

Clyton hizo entonces algo que deseaba hacer desde que le dijeran que los xamanícolas habían destruido el planeta Tierra y, con él, a todos los terrícolas o por lo menos, a casi todos, ya que ellos seguían con vida.

Su puño salió disparado y dio de lleno en aquella boca de trompetilla.

El puñetazo de Clyton poseía una fuerza a la que no estaban acostumbrados los xamanícolas y el oficial de la guardia imperial

miliciana cayó hacia atrás y se deslizó por la rampa hacia el exterior. No se detuvo hasta llegar al duro suelo del astropuerto.

Los milicianos, desconcertados, le vieron bajar de espaldas como por un tobogán y cuan largo era. Los otros dos oficiales encañonaron con sus armas a Clyton y éste, medio sonriendo, silabeó:

—Podéis matarme, pero entonces, ¿quién irá a buscar la caja al planeta Negro? Vuestros tribunos cuentan con nosotros para ese trabajo, así es que, si queréis cometer la estupidez de matarme, que os costará cara, podéis hacerlo.

Los dos oficiales se miraron entre sí y burbujearon sonidos totalmente incomprensibles para los terrícolas.

Retrocedieron sin dejar de encañonarles, mientras unos milicianos levantaban el cuerpo inconsciente del oficial que había conocido la dureza de un puñetazo terrícola.

Walker preguntó:

—¿Qué pasará ahora?

—No lo sé, cerremos la puerta.

Clyton manejó el mando que cerró la puerta automáticamente y recogió la rampa en el interior del fuselaje.

Descendieron por unas escalerillas metálicas hasta llegar a la bodega.

—¿Está todo cargado? —preguntó Clyton a Pierre.

—Sí, sólo falta un poco de carne de pescado.

—Bah, el pescado de este maldito planeta sabe muy mal —dijo Clyton.

Empujando a los xamanícolas que aún quedaban allá, los largó afuera. Al ver aquella actitud, Pierre y Renis se unieron a él, divertidos. Poco después, la nave «Viking» quedaba totalmente aislada del exterior.

— ¡Ya no pueden entrar! —se rió Pierre.

—Lo que no podemos hacer es mover la nave ni un milímetro o nos desintegrarán —advirtió Walker.

—Vamos a la cabina de pilotaje; a través del telecomunicador

tratarán de hacer contacto —opinó Clyton.

Fueron hasta la cabina de pilotaje y aguardaron.

Pasaron cinco, diez, treinta minutos, una hora, dos... La cabina se llenó de humo de mentobacco, sin que nadie se preocupara de conectar el purificador.

Al fin, se encendió la luz parpadeante del telecomunicador. Renis lo controlaba e, instintivamente, miró a Clyton. Este, situado frente a la pantalla en la butaca de control general de pilotaje, indicó:

—Abre, veremos qué cara tienen.

Se encendió la pantalla y apareció un oficial; no era el mismo al que Clyton le había hundido la trompetilla que tenía por boca dentro del rostro.

—Terrícolas, sabemos que nos estáis escuchando. Atención, porque los tribunos gobernantes de nuestro imperio van a hablaros.

—Imperio, imperio... Me ca... yo en su imperio.

—Basta, Pierre, que ahora nos oyen. No pongamos las cosas más difíciles —le pidió Walker.

En pantalla aparecieron las tres figuras de los tribunos, el militar, el de la justicia y el del pueblo. A Clyton, que había comenzado a conocer las expresiones de sus rostros, le pareció que estaban malhumorados.

—Terrícola —habló el tribuno militar—, lo que habéis hecho puede costaros la vida.

—Lo sabemos; pero si nuestras mujeres no están con nosotros, no nos importa morir. No vamos a someternos a ninguna clase de esclavitud.

La respuesta de Clyton no pareció gustarles. El tribuno de. la justicia puntualizó:

—Cuando la caja esté en nuestro poder, os serán entregadas vuestras hembras.

—No me fío de vosotros. ¿Y si cuando regresamos con esa caja que tanto deseáis nos extermináis?

—Los tribunos jamás mentimos.

—Decid mejor que no admitís que habéis mentido cuando lo hacéis, porque sois inviolables ante vuestro pueblo, pero mentís como cualquiera, de modo que si no vienen nuestras mujeres a bordo, antes de una hora partiremos hacia el espacio.

—Si partís, vuestra nave será destruida —advirtió el tribuno militar.

—Contamos con eso. Si las hembras vienen con nosotros, buscaremos esa maldita caja y os la traeremos; de lo contrario, adiós.

Desconectó, dejando con la palabra en la boca a los tribunos del imperio interestelar más poderoso dentro de la Galaxia, Jamás nadie se había atrevido a tanto.

—Nos van a convertir en cenizas —se lamentó Pierre. Mirando su estómago, añadió—: Ahora que empezaba a adelgazar...

—Es un desafío duro, que les va a costar digerir —opinó Walker.

Renis dijo:

—Clyton ha estado bien, había que hacerles frente. Esos tipos se han envalentonado demasiado; tratan de movernos como a muñecos.

—Lo que sea, ya está hecho. Preparemos la nave para partir aunque sea hacia la eternidad de la que no se regresa nunca —pidió Clyton.

Walker se encargó de la telecámara de observación, Pierre del control de motores y Renis de la telecomunicación y ambientación. Puso en marcha los sistemas de purificación y el aire se renovó rápidamente.

Clyton comenzó a manipular, sin prisas, todos los mandos clavijas e interruptores que tenía en el panel de mandos.

—¡Pierre!

—Sí, Clyton.

—Vamos a probar qué tal funcionan los motores.

—¿Nos vamos a desplazar?

—No, sólo los pondremos en marcha, al ralentí.

La gran máquina surcadora de los espacios siderales, que era la «Viking», vibró ligerísimamente, de forma casi imperceptible. Luego,

como adquiriendo temperatura, se normalizó.

Con detectores de infrarrojos, posiblemente los xamanícolas se habían dado cuenta ya de que entraba en funcionamiento, aunque no se había movido un milímetro del lugar donde se hallaba estacionada.

—¿Qué tal si comemos unos emparedados? —propuso Clyton.

—Y yo que creía que el tipo más frío que había conocido era Walker —rezongó Pierre.

—Yo también tengo hambre —dijo el propio Walker—. Hasta me gustaría brindar con champaña por nuestra desintegración.

—Por eso no te. preocupes, tenemos champaña en la bodega —dijo Renis.

—De acuerdo, nos iremos al infierno con el estómago caliente —aprobó Pierre, que ya había dejado los motores en funcionamiento.

Se levantó, dirigiéndose a la cocina, y al poco regresaba con una bandeja grande, en la que podían verse varios emparedados humeantes, recién cocinados en el horno automático de micro ondas.

Cada uno de ellos tomó uno de aquellos emparedados, casi en tono de ceremonia. Comenzaron a comer cuando se encendió la luz de la pantalla de telecomunicación. Renis miró a Clyton, interrogante, y le observó:

—Están pidiendo comunicación.

—Pues, adelante, que nos vean merendar —le dijo Clyton.

La pantalla se iluminó, y volvieron a aparecer los tribunos.

—Terrícolas, vuestras hembras están de camino hacia vuestra nave —anunció el tribuno de la justicia.

El tribuno del pueblo, evidentemente molesto, puntualizó :

—Creemos en el compromiso de vuestra palabra. Cumpliréis lo prometido, traeréis la caja aquí o moriréis en el empeño.

—Si tratáis de escapar, vuestras hembras morirán —advirtió el tribuno militar—. Creo conveniente deciros que llevan unos cinturones de control a distancia, que no se pueden quitar más que mediante una llave que sólo nosotros poseemos. Cortar el cinturón o tratar de deteriorarlo sólo será una ejecución para ellas, pues estallará la carga que llevan, y quedarán convertidas en cenizas. Incluso, la

nave entera reventará, pues la carga es de elevada potencia. Si traéis la caja que nos interesa, a vuestro regreso las lideraremos de esos cinturones de muerte.

Clyton iba a replicarles que aquello era una canallada más de las muchas que habían cometido; pero se contuvo y, lacónico y frío a la vez, replicó:

—Lo tendremos en cuenta.

Y cortó la comunicación, profundamente irritado.

—Ahora, que lluevan meteoritos sobre nuestras cabezas —gruñó Renis.

Fierre añadió:

—Muy bien, Clyton, a esos tipos de Xama había que plantarles cara. No porque quedemos sólo cuatro terrícolas, vamos a hacer lo que ellos manden.

—Sólo nos queda esperar —dijo Walker, acomodándose en una butaca frente a las cristaleras de la cabina.

Pasaron los minutos. Al fin, Fierre voceó de júbilo.

—¡Ahí viene un vehículo!

—Walker, Pierre, ¿por qué no vais a recibirlas? Yo tendré la nave lista para despegar; si los xamanícolas intentan subir a bordo, despegaremos. La escotilla se cerrará en vuelo.

—De acuerdo —aceptó Walker.

Pierre y Walker se dirigieron a la puerta, la abrieron y la rampa se prolongó hasta tocar el suelo.

El vehículo se detuvo al pie de la rampa. Los milicianos no descendieron, pero sí las dos hermosas terrícolas que miraron, desconcertadas, la majestuosa nave «Viking».

—¡Arriba, arriba! —las apremió Walker.

Pierre gritó:

—¡Somos terrícolas!

Las dos muchachas vestían ahora casacas de color salmón, muy ajustadas a sus atractivos cuerpos, marcando ostensiblemente la

redondez de los pechos. Panties completos ceñían sus piernas y caderas como una segunda piel y botas de media caña de color negro completaban el atuendo.

Cuando las dos chicas subieron a bordo, se cerró la escotilla y la rampa comenzó a ser engullida por el fuselaje de la «Viking», que empezó a vibrar ligeramente y luego a moverse.

—¡Qué felicidad! —exclamó Elsa, abrazándose a Pierre; Sandry hizo la mismo con Walker.

Mientras el efusivo encuentro tenía lugar, la nave se elevó en vertical hasta los mil metros de altura. Se desplazó luego en horizontal, ligeramente en oblicuo hacia las estrellas.

—Vamos, vamos a las literas —pidió Walker.

Se tendieron en las literas y Clyton, que les controlaba por el circuito interno de televisión, fue aumentando la velocidad progresivamente para escapar a la gravedad del planeta Xama.

Clyton manejó la nave con habilidad, sin vacilaciones. Al fin, se vieron libres de la gravedad de Xama, y conectaron el sistema de gravedad artificial con que estaba dotada la nave, mientras Clyton la colocaba en velocidad de crucero 5 mach luz. No le hacía falta más para llegar en poco tiempo al planeta Negro, el tercero de aquel sistema estelar.

El planeta Negro era un astro sin vegetación aparente. Toda su corteza semejaba compuesta por una capa de mineral de hierro que apenas reflejaba luz.

Era un astro hostil, del que se sabía que poseía una débil capa de aire oxigenado, una capa que no llegaba a cubrir las montañas y que, en ocasiones, por corrientes de aire que se formaban, se desplazaba, dejando áreas bajas sin posible respiración, lo que obligaba a estar siempre prevenidos contra aquella falta de atmósfera.

Para los terrícolas era vital llevar consigo un traje de semisupervivencia, que inyectaba el aire hasta conseguir la presión que sus cuerpos requerían.

Dio al ordenador todas las coordenadas que le habían proporcionado los xamanícolas, y después conectó el piloto automático de navegación.

Clyton no tardó en encontrarse con los ojos azul claro de Elsa. La muchacha también se fijó en él. Algo electrizante fue de uno a otro,

creándose una corriente más fuerte que una simple simpatía o amistad.

—Bien venida a bordo de la «Viking».

—Creímos que íbamos a volvernos locas —musite Elsa, despacio, todavía impresionada por la visión de aquel hombre de elevada estatura, anchos hombros, cabello castaño cobrizo y barba ligeramente recortada Todo él transpiraba virilidad, lo que significaba ser el polo opuesto de Elsa.

Sandry salió de otra litera y dijo:

—Gracias, gracias por sacarnos de ese planeta. Nos tenían en una especie de invernadero jaula; nos dijeron que éramos las últimas terrícolas vivas.

Walker preguntó:

—¿Sabéis vosotros lo que sucedió?

—No. Nosotras trabajábamos como relaciones públicas en una nave de turistas —explicó Elsa— cuando vimos que nuestra nave trataba de despegar, dejándonos a nosotros en Xama. Pero apenas se había elevada unos millares de metros cuando estalló en el cielo, convirtiéndose en una gran bola de fuego desintegradora. No supimos bien lo que había ocurrido; los milicianos de Xama nos detuvieron.

Sandry prosiguió:

—Nos dijeron que estábamos cautivas, y que había comenzado una guerra interestelar contra los terrícolas.

—Una guerra que, según parece, ha destruido nuestro planeta —masculló Clyton.

—Somos los últimos terrícolas —puntualizó Pierre— Hay que recuperar nuestra especie, y me temo que cada una de vosotras deberá tener diez hijos por lo menos.

—Pero, pero ¿qué dice este hombre? —balbució Elsa, con los ojos muy abiertos.

Walker, más frío, les hizo observar:

—Los terrícolas, ahora, sólo somos cuatro varones y dos hembras. Si la proporción fuera a la inversa, todo sería más fácil, pero el caso es que sólo sois dos mujeres a procrear y cuantos más hijos

tengamos, mucho más rápidamente resurgirá nuestra civilización del desastre de la guerra interestelar que nos ha aplastado.

Por su parte, Clyton suavizó:

—No estáis en el puesto de conejas, si no en el de mujeres. Tenéis vuestro derecho a elegir, y si vuestro deber será procrear, también será nuestra obligación procrear, cuidar y alimentar a esos futuros hijos, de los que depende nuestra especie.

Sandry suspiró y dijo, medio sonriente:

—Elsa, creo que no nos vamos a aburrir nada.

—¿Esos cinturones son los peligrosos? —preguntó Renis, mirando alternativamente a las muchachas, y viendo un suave cinturón que iba por encima de las casacas.

—No —dijo Elsa.

—¿Ah, no? Nos han dicho que lleváis un cinturón muy peligroso —insistió Renis.

—Sí, sí lo llevamos —dijo ahora Sandry—, Está debajo de la casaca, pegado a la piel. La verdad es que ciñe demasiado.

—Vaya, hay que quitarles la casaca para ver los cinturones —comentó Renis, preocupado.

—Bueno, ya habrá momento para ver de solucionar ese problema. Ahora, conozcámonos todos un poco mejor.

Clyton hizo las debidas presentaciones, mientras proseguían viaje hacia el planeta Negro al que, debido a la gran velocidad que llevaban, no tardarían en llegar.

A distancia era difícil distinguir el planeta Negro, debido a la escasísima luz que reflejaba hacia el exterior después de recibirla de la estrella-sol de aquel sistema.

—Preparaos —pidió Clyton—. Vamos a entrar en órbita del planeta Negro. Su gravedad es un veinticinco. Antes de buscar un lugar de contacto, daremos una vuelta de observación.

La «Viking» entró en órbita con suma facilidad, sin problemas. Walker se ocupó ahora del pilotaje, relevando a Clyton.

—¿Vamos a vivir en ese planeta? —preguntó Elsa a Clyton.

—No. Aquí sólo tenemos que encontrar una caja que entregaremos a los xamanícolas. Luego, si no nos exterminan, seremos libres para dirigirnos adonde prefiramos.

—Si la Tierra ha sido destruida, ¿adónde iremos?

—Hemos descubierto otro planeta azul; pensábamos montar un negocio de emigrantes que desearan colonizar un planeta virgen, volver un poco a las raíces salvajes del hombre, pero como ya no quedamos vivos más que nosotros, será mejor que utilicemos ese planeta nosotros mismos. Por cierto, ¿te importaría mostrarme el cinturón? —le pidió Clyton.

—Si tratamos de arrancarlo, moriremos todos.

—Lo sé; sólo quiero verlo. Te lo digo ahora para que no te sientas mal.

Elsa sonrió ligeramente, y desabrochó su casaca, separándola.

Clyton pudo ver sus senos hermosos, y supuso que cálidos, pero no los tocó.

La piel de la muchacha rubia era muy blanca y se veía suave, tensa, sin arrugas. Justo por encima del borde de los «panties», estaba el maligno cinturón, que tendría unos cuatro centímetros de ancho.

La hebilla tampoco abultaba demasiado; era una hebilla cerrada, con una circunferencia de cristal que más parecía un objetivo.

—¿Sabes cómo desactivar el explosivo que lleva?

—No, no lo sé, pero habrá que averiguarlo. ¿Te han dado alguna información al respecto?

—No. Sólo me han dicho que no lo toque, que no lo manipule, si no quiero que estalle y me mate, a mí y a los que estén cerca.

Clyton aproximó sus dedos a la hebilla, la tocó y la dobló ligeramente para tratar de verla por su cara posterior.

Elsa, captando su intención, hundió el estómago y el vientre cuanto pudo, que no era mucho, ya que esa parte de su cuerpo era plana y prieta.

—La única posibilidad que se ve es cortar el cinturón, pero los xamanícolas aseguran que si lo cortamos, moriremos.

—¿Crees que nos liberarán de este cinturón de la muerte,

cuando les entreguéis la caja?

—No lo sé, pero mientras tanto, habrá que ir pensando en algo. Podría ser que, cortando el cinturón, nada ocurriera.

—¿Piensas que sólo tratan de amedrentarnos?

—Es una posibilidad, Elsa. Si probamos a cortar, correremos el riesgo de morir; ellos deben de pensar que, ante el temor a la muerte, no lo intentaremos.

—¿Y si lo intentásemos?

—No, no, aún no, claro que si los xamanícolas están muy interesados en esa caja que quieren que busquemos, quizá no van a correr ningún riesgo.

—¿Opinas que no se habrán, arriesgado a que nos desintegremos?

—Es otra posibilidad. Por cierto, ¿te he dicho ya que eres muy hermosa?

—Gracias.

Despacio, como algo ruborizada, Elsa se abrochó la casaca de tacto suave, que no habría de molestarla lo más mínimo al contacto con su piel blanca y sonrosada.

En aquel momento, la nave sufrió una fortísima sacudida, y comenzó a girar sobre sí misma vertiginosamente.

Cayeron rodando al suelo. Sus cuerpos se encontraron y se abrazaron, mientras las luces normales se apagaban y se encendían las de posición y alarma.

Estaban en un área de peligro. Acababan de ser atrapados por una fuerza extraña y desconocida, capaz de sacudir a la poderosa «Viking» como si ésta fuera una media cáscara de huevo flotando en un turbulento río del planeta Tierra,

CAPITULO V

Permanecieron cinco larguísimos minutos sacudidos por la fuerza invisible que agitaba la nave en forma violenta.

Se produjeron algunos cortocircuitos, y corrían el riesgo de que la nave sufriera alguna grieta en su fuselaje, lo que acarrearía automáticamente la pérdida del aire, lo que les ocasionaría la muerte.

De pronto, todo cesó y la nave continuó su navegación orbital como si nada hubiera ocurrido,

—Métete en una litera —sugirió Clyton a Elsa, tras comprobar que, en aquellas sacudidas, la muchacha no había resultado dañada.

Walker, que seguía en la butaca de pilotaje, estaba pálido. Renis había acudido junto a ellos, y tenía señales de haberse golpeado con dureza.

Pierre se ha golpeado en la cabeza y está inconsciente —dijo.

—¿Es grave? —interrogó Clyton.

—No, no creo.

—¿Y Sandry?

A la pregunta de Clyton fue Renis quien contestó.

—Estaba en la litera, no le habrá pasado nada, Pero ¿qué es lo que ha sucedido?

No lo sé —confesó Walker—. Parece tratarse de una fuerza magnética desconocida, que nos ha alcanzado de lleno. Yo diría que no es una radiación natural ni siquiera casual.

—¿Crees que está dirigida? —inquirió Clyton.

Juraría que sí. Abajo, en ese planeta Negro, hay algo más poderoso de lo que podemos llegar a imaginar.

—Por eso tienen tanto miedo de venir hacia aquí los xamanícolas —opinó Renis.

—Pero ¿qué o quiénes pueden estar ahí abajo? —se preguntó Clyton, mirando al planeta Negro a través de los cristales de la nave.

Walker rezongó:

—Me temo que tendremos que descender para averiguarlo.

— ¡Por favor, por favor, me estalla la cabeza! —gritó Sandry, irrumpiendo en la cabina de pilotaje.

Renis cogió a la muchacha por los hombros para que se estuviera quieta.

—Tranquilízate, Sandry, tranquilízate —le pidió Clyton—. ¿Te has golpeado?

—¡Hay que marcharse de aquí, hay que marcharse!

Los hombres intercambiaron miradas interrogantes cuando apareció Elsa en la cabina, que preguntó:

—¿Qué le ocurre a Sandry?

—No lo sabemos —respondió Clyton.

Sandry gritó:

—¡Tenemos que alejarnos de aquí o moriremos, lo siento en mi cerebro!

—Es curioso, yo también he tenido la sensación de recibir un mensaje, que me ordenaba alejarme de aquí —musitó Elsa.

Clyton no disimuló su asombro.

—¿Tú también?

—Sí. —Elsa abrazó a su amiga, tratando de calmarla—. No es nada, no es nada.

Sandry se apaciguó, pero su bello rostro acusaba haber pasado un mal rato.

—¿Qué opináis? —preguntó Clyton, muy preocupado.

Walker apuntó:

—Transmisión telepática con suprapotencialidad.

—¿Y quién puede enviar un mensaje telepático tan poderoso?

A la pregunta de Renis, Clyton respondió:

—Abajo hay alguien capaz de mandar mensajes telepáticos —le dijo Renis a la muchacha, ya mucho más recuperada.

—Bueno, yo ya sé que soy muy sensible, pero es que en esta ocasión ha sido muy doloroso.

—Porque la potencia del mensaje telepático ha sido demasiado fuerte para lo que estás acostumbrada —le dijo Walter.

—El caso es que las mujeres sois más receptivas a estos mensajes; lo que podríamos hacer ahora es enviar un mensaje de nuestra parte.

—¿Como respuesta? —preguntó Renis.

—Sí.

—¿Y qué les diremos?

—Bueno, podemos pensar en imagen de paz y amistad, pero pensarlo muy intensamente, y todos al mismo tiempo.

—Yo tengo más o menos localizada la zona del planeta de donde ha podido brotar esa energía que nos ha atacado, sacudiendo la nave, y me temo que sólo ha sido un aviso. Es posible que la energía pueda aumentar y catapultarnos al espacio, con la nave completamente descontrolada.

—Intentaremos enviar nuestro mensaje de paz y amistad. Comenzaremos insistiendo que somos terrícolas, que damos amistad y amamos la paz. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

Walker, que era quien había estado al mando de la nave en el momento del ataque, pidió al ordenador que les indicara el tiempo que faltaba para volver a pasar por la zona de peligro. Después, manipuló en un reloj de avisos y regresó junto a los demás.

—Cojámonos por los hombros, y formemos un círculo —pidió Clyton, que quedó entre las dos muchachas.

Walker se colocó junto a Elsa y, a su lado, Renis, que cerraba el círculo, juntó su brazo con el de Walker y el de Sandry.

» Se encendieron las luces de aviso, y la nave comenzó a ser sacudida de nuevo, lo que quería decir que el cálculo de situación había sido bueno y se hallaban sobre el área de liberación de energía magnética, de foco desconocido.

—¿Qué es lo que pasa aquí? ¿A qué estáis jugando? —preguntó Pierre, que irrumpía en la cabina en aquel momento, cogiéndose la cabeza entre las manos, con evidente sensación de dolor.

La nave sufrió una sacudida muy brusca, mas el círculo que formaban no se rompió. Los cinco, pues Pierre estaba fuera del grupo, emitieron idéntico mensaje mental hasta que la nave dejó de ser sacudida.

— ¡Lo hemos conseguido, lo hemos conseguido! —gritó Renis—. ¡Nos han aceptado!

—De momento, ya tenemos algo ganado —suspiró Clyton.

—Pero ¿qué os pasa? —preguntó Pierre, que no había participado en aquel mensaje telepático.

Walker regresó al panel de mandos. Manipuló en varios resortes y botones, y luego indicó:

—Mirad la pantalla.

En la pantalla de TTV apareció la superficie del planeta Negro.

Visto de cerca no era tan negro como observado a distancia. Vieron llanos y montañas. De pronto, sonó un pitido y Walker señaló:

— ¡Ah, ahí está! —fijó la imagen—. Ese lugar corresponde a la zona donde hemos sido atacados.

—Comprobad las coordenadas que nos dieron los xamanícolas —pidió Clyton.

Walker cotejó las coordenadas facilitadas por los xamanícolas con las que habían obtenido ellos.

—Corresponden.

—Entonces, hemos dado con el lugar justo —opinó Clyton.

Miró la pantalla y observó el encadenado de montañas que encerraban una especie de amplio cráter que no parecía nada profundo.

—Nos podemos acercar navegando casi a ras de superficie hasta las montañas y luego, proseguir a pie —sugirió Renis.

—Ahora ya les hemos dicho que vamos en amistad y paz, ¿por qué no descender en vertical? —preguntó Elsa.

—No podemos fiarnos del todo —opinó Clyton—. No sabemos quién o quiénes están ahí abajo.

—Pero ¿habéis visto a los que están abajo? —insistió Pierre, que no acababa de entender lo que decían sus compañeros.

—No los hemos visto, pero ya sabemos en qué área se encuentran y, por lo sucedido, los xamanícolas hacen bien de tenerles miedo, porque su fuerza magnética es tan poderosa que puede cambiar el rumbo de las naves interplanetarias.

La «Viking» descendió con suavidad, desafiando a la gravedad del planeta Negro. El roce con su atmósfera no era preocupante, ya que no se encontrarían con ella hasta que se pegaran casi a la corteza de aquel desconocido astro que, ya sin duda alguna, tenía vida inteligente.

Lo que ignoraban era qué clase de vida podía ser capaz de enviar una fuerza magnética superior a la imaginada jamás, y también con un poder telepático desconocido hasta entonces.

—¡Preparados, preparados! —advirtió Clyton, que ahora pilotaba la nave—. Descendemos, voy a quitar la gravedad artificial. ¡Todos a las butacas y literas!

Comenzó la aproximación al misterioso planeta Negro.

Las crestas escarpadas de sus montañas iban a quedar muy cerca de la panza de la «Viking», como si se prepararan para destriparla como gigantescos escalpelos.

CAPITULO VI

Cruzaron la barrera montañosa y casi circular, por su punto más bajo.

La nave se posó suavemente en un pequeño llano. Frente a ellos, a casi tres kilómetros de distancia, estaba aquella especie de hoya o cráter que todavía era un enigma para ellos.

—Ya estamos. ¿Y ahora? —preguntó Pierre.

—Hay que acercarse al cráter y hacer una inspección —dijo Clyton, mirando a través del cristal de la cabina.

—¿Iremos como parejas o cómo? —preguntó Walker.

—Sólo tenemos cuatro trajes de supervivencia, y uno de repuesto, total cinco, de modo que todos no vamos a poder ir — advirtió Renis.

—Dos o tres pueden ir a ver qué encuentran.

—Me parece bien, Walker —aprobó Clyton—. Podríamos ir dos y una de las chicas.

—¿Por qué una chica?

—A mí no me importa ir con vosotros —se ofreció Elsa.

—Sandry puede quedarse aquí, ya que su capacidad de recepción telepática es muy fuerte. Elsa, que tiene más capacidad de comunicación que nosotros, a través de la telepatía, puede acompañarnos. Yo quiero ir; ¿quién me acompaña?

—Yo mismo —se ofreció Renis, anticipándose a sus compañeros.

—Puedo ir yo —dijo Pierre también.

Por su parte, Walker dijo:

—Podría ir yo.

—No, y no merece la pena echarlo a suertes. Desde aquí, os mantendréis en contacto con nosotros; si nos sucede algo, despegad y marchaos.

—Para ese caso, ¿no sería mejor que Elsa se quedara aquí? —inquirió Renis, mirando significativamente a la joven rubia.

—Creo que debo dejar algo bien claro —puntualizó Elsa, irguiéndose—. Soy una mujer y posible madre al cincuenta por ciento de nuestra futura civilización, pero no voy a dejar que me manipuléis. Puedo unirme a cualquiera de vosotros cuando llegue el momento, pero no aceptaré que me deis órdenes. Tendré hijos, mas no seré sólo una coneja. ¿Comprendido?

Los cuatro hombres, ante la vigorosa reacción de la muchacha, se quedaron callados, sin reaccionar. Sandry habló entonces:

—Elsa tiene razón. Sólo pensáis en nosotras como animalitos a los que hay que llevar a la cama y a las que hay que fecundar, una vez tras otra. Si ése es el porvenir que nos ofrecéis, yo me suicido.

—Somos lo mismo que vosotros —añadió Elsa—. No tenemos que dejarnos mandar, tenemos derecho a pensar y a escoger nuestro propio destino.

Clyton carraspeó y trató de paliar:

—Si se ha hablado equivocadamente, disculpadnos; lo que sucede es que, ante todo, queremos protegeros. Si uno o dos de nosotros muere, nuestra vida no es tan importante como la vuestra.

—A pesar de ello, no quiero aceptar mi destino pasivamente. Quiero participar activamente en él, tomar mis propias decisiones.

—Por mi parte, considero que ellas tienen razón —aceptó Clyton.

—Yo pienso lo mismo que Elsa. Estamos a punto de escapar a una esclavitud casi de zoológico, a la que nos habían sometido los xamanícolas, para entrar en una esclavitud machista.

La opinión de Sandry hizo que los cuatro varones aceptaran la

rebeldía de las muchachas.

—Bien, Pierre y yo vamos a visitar ese cráter, iremos al encuentro de quienes .habitan en este extraño planeta. Cerca de ellos ha de estar la caja metálica que exigen los xamanícolas.

—Si hay que afrontar un riesgo, yo también deseo correrlo —dijo Elsa, tajante—. Saldré con vosotros, así quedaremos partidos en tres y tres.

—Sólo hay un inconveniente —observó Renis.

—¿Cuál? —preguntó la joven, encarándose con él.

—Que el traje de supervivencia te vendrá un poco grande.

Cuando, algo más tarde, Elsa se vistió con el traje de supervivencia, comprobó que, efectivamente, le era un poco grande. Walker dijo entonces:

—Coge el mío; yo estoy delgado y tú eres alta también.

Elsa se cambió aquel traje de supervivencia, que servía para todos, en caso de avería del propio. El de Walker no le caía tan mal.

Pierre y Clyton aguardaban ya en el vehículo atom-hover-craft. Elsa se reunió con ellos, mientras Clyton cambiaba las últimas palabras con Walker y Renis.

—Mantened la comunicación abierta y, si sucede algo irremediable, salvaos.

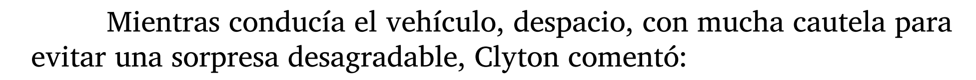
—No te preocupes —le dijo Renis.

—Si hay que luchar con alguien, no sé cómo vamos a hacerlo, porque los xamanícolas nos quitaron las armas.

—Todas, no —objetó Clyton, mostrando una pistola—. La tenía escondida, y no la descubrieron cuando registraron la «Viking», mientras nosotros éramos conducidos a presencia de los tribunos.

Cerraron el vehículo AHC y también las compuertas de despresurización del pequeño hangar. Abrieron luego la puerta que daba acceso al exterior, y el vehículo de color naranja y plata salió, tras elevarse ligeramente y dejar de tocar el suelo.

Avanzaron sobre el suelo oscuro y duro de aquel planeta hostil; la «Viking» quedó atrás.



Mientras conducía el vehículo, despacio, con mucha cautela para evitar una sorpresa desagradable, Clyton comentó:

—Si hay seres aquí, ¿por qué no salen a recibirnos?

—Me da la impresión de que deben de vivir en el subsuelo de este planeta —opinó Pierre.

—Si os parece, iré pensando que somos amigos y venimos en paz.

—No está de más que lo. hagas, Elsa —aceptó Clyton—. Si nos vigilan y tienen el don de la telepatía controlada, eso puede evitarnos problemas.

Elsa comenzó a concentrarse al máximo.

Clyton prefirió no elevar el vehículo excesivamente, y optó por rodear los grupos rocosos, de tal modo que a la vista directa de la cabina de la «Viking» (pese a que les seguían con telecámaras) aparecían y desaparecían, hasta que arribaron al borde de lo que podía considerarse un gigantesco cráter.

Clyton detuvo el vehículo AHC y opinó:

—Parece causado por alguna múltiple erupción volcánica.

—Sí, no parece el resultado de la caída de un gigantesco meteorito —admitió Pierre.

Elsa no dijo nada, seguía concentrada, con los ojos semicerrados.

—Descenderemos —dijo Clyton, sabiendo que la telecomunicación estaba permanentemente abierta con la nave «Viking».

Aquel cráter tenía desniveles muy pronunciados.

—Alto, Clyton.

—¿Qué pasa, Elsa? —preguntó, deteniendo el vehículo.

—Creo que intentan comunicarse.

—¿Qué es lo que captas, en realidad?

—No lo sé, tengo la impresión de que tratan de que nos alejemos.

—Atención, atención, Walker, ¿me oyes?

—Sí —respondió el llamado desde la nave «Viking».

—¿Capta Sandry algún mensaje?

—Dice que le duele la cabeza.

—Si capta algo, comunicadlo de inmediato.

—De acuerdo.

—Proseguimos el descenso —advirtió Clyton.

—Tengo la impresión de que no desean que descendamos —dijo Elsa.

—Pues vamos a descender, de todos modos.

Buscó un lugar poco abrupto hasta que llegaron al fondo del cráter, que no era muy profundo. Pierre, con tono de decepción, comentó:

—No hay nada, no veo nada.

Clyton siguió conduciendo el vehículo AHC de cuatro plazas hasta que hallaron la entrada de una gruta amplia.

—Por ahí podemos entrar —señaló Clyton.

Pierre inquirió:

—¿Seguimos con el vehículo o continuamos andando?

—Creo que andando será mejor; quizá esa gruta sea estrecha.

Descendieron los tres del vehículo. Sus trajes absorbían el aire que les envolvía y lo comprimían dentro de ellos. Podían moverse bastante bien en aquellas condiciones, no tenían que cargar con bombonas de oxígeno ni con productores de aire artificial.

Cada uno de ellos iba provisto de linterna, un puñal y una cuerda de nylon, y Clyton llevaba consigo la pistola que había logrado ocultar a los xamanícolas.

—Vamos al interior de la gruta —invitó Clyton.

Había dejado el telecomunicador del vehículo abierto para que sirviera de puente con la «Viking», aunque sabía que, si se adentraban excesivamente en el subsuelo, dejarían de estar en contacto con la nave.

—La gruta es amplia —comentó Pierre.

—Quedaos quietos —pidió Clyton.

—¿Sucede algo? —preguntó Elsa.

Clyton se adelantó tres o cuatro pasos y observó el suelo con atención, ayudándose de la luz de su pequeña, pero potentísima linterna.

—Por aquí han pasado algunos seres con botas.

—Es verdad —admitieron Elsa y Pierre.

—Lo que no es fácil de averiguar es cuándo. Como aquí abajo no llueve ni hace viento, estas huellas de botas pueden tener lo mismo unas horas que diez años.

—Pronto lo sabremos —sentenció Pierre—. Las huellas muestran las dos direcciones, las de adentrarse en la gruta y las de salir.

—Lo que sí es seguro es que no nos hemos equivocado de lugar —opinó Elsa.

Prosiguieron su avance. Caminaban con ciertas precauciones, como si, de un instante a otro, esperaran ver salir algo que pudiera atacarles.

De pronto, lo que tanto temían ocurrió.

El rugido fue tan terrible que les aturdió. Era el rugido de algún monstruo que habitaba el subsuelo del planeta Negro. Elsa retrocedió, dando traspiés.

Pierre pegó su gran humanidad contra la pared rocosa y oscura, y proyectó el haz luminoso de su linterna hacia adelante, allá donde la gruta se ensanchaba.

Ante ellos apareció el monstruo.

Era como un animal antediluviano terrícola, lo más parecido a un tricerátopa por su pico casi de loro, por los dos metros de su cráneo, con tres largas protuberancias óseas a modo de cuernos, dos sobre los ojos y la tercera encima de la nariz. Y una prolongación por su parte posterior, también ósea, constituyendo como un ancho escudo protector de la nuca.

La terrible bestia, de uno seis metros de largo, se detuvo a poca distancia de ellos, abrió sus fauces y volvió a rugir

amenazadoramente.

—¡Estamos perdidos! —gritó Pierre, dentro de su casco de supervivencia.

—¡Nos va a devorar! —gimió Elsa.

La comunicación con la «Viking» estaba ya perdida; se habían adentrado en exceso en la gruta. Tenían que resolver el terrible problema del enfrentamiento con la ñera, ellos solos.

—Elsa, Elsa…

—Clyton, te oigo, pero tengo miedo…

—Piensa que venimos en paz, piénsalo con fuerza, que se enteren ellos.

El tricerátopo se había detenido a poca distancia y taponaba toda la amplitud de la galería con su cuerpo.

Clyton podía haber sacado su pistola y disparar contra aquel monstruo. No era seguro que pudiera destruirlo antes de que la bestia arremetiera contra ellos con la voluminosidad de su anatomía que, obviamente, les habría de aplastar, al no poder escapar de la gruta; pero no se dejó llevar por el instinto y se quedó quieto, como haciéndole frente.

—¡Venimos en paz!

El monstruo, que tenía que inspirar terror forzosamente, quedó inmóvil unos segundos y luego comenzó a retroceder.

— ¡Se marcha, se marcha! —gritó Elsa, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—Esa bestia obedece a alguien —masculló Pierre.

—Así parece. De alguna forma ha sido obligada a retroceder y a dejarnos el paso libre —opinó Clyton.

—¿Qué hacemos ahora? Si ese monstruo está delante, puede haber más, yo no sigo —objetó Pierre.

—Haz lo que prefieras.

—No siento nada ahora —dijo Elsa.

Clyton opinó:

—Creo que tenemos el camino libre hacia adelante.

Echaron a andar de nuevo y Pierre, tras una ligera vacilación, se puso a su altura.

Los tres se fueron adentrando en el subsuelo hasta que vieron luz; era una luz pálida al principio, pero luz al fin y al cabo, una luz que hizo innecesarias las linternas.

—¿Qué es esto? —preguntó Elsa, al ir adentrándose en la amplísima sala a la que habían llegado.

—Son colonias de honguillos microscópicos —dijo Pierre.

Aquel mundo de honguillos era fantástico, adquiría unas tonalidades verdosas y eran como estalagmitas con abultamientos y orificios.

Elsa lanzó un grito y retrocedió bruscamente.

—¿Qué pasa? —interrogó Clyton.

—¡Escarabajos!

Clyton se acercó a observar y admitió:

—Efectivamente, son escarabajos que viven aquí y son bastante grandes, por cierto.

—Ellos deben de cultivar los hongos —dijo Pierre, hostigando a uno de los insectos con un dedo.

Elsa preguntó:

—Entonces, ¿esto es una colonia simbiótica?

Clyton asintió:

—Es posible. Los escarabajos cultivan estos honguillos y luego los honguillos les sirven de comida, a la ve?, que se alimentan de algo que producen los propios escarabajos.

—Eh, mirad, la luz viene de arriba —indicó Pierre, señalando hacia lo alto de la gruta, que poseía un elevadísimo techo.

Clyton comentó:

—Qué extraña luz, yo diría que es artificial.

—Puede ser un sol artificial, que emite toda clase de radiaciones

que hacen posible la vida aquí dentro —opinó Pierre.

—¿Quién habrá colocado ese sol artificial ahí? —se asombró Elsa.

—Creo que no tardaremos en averiguarlo —aventuró Clyton, reanudando su caminar por lo que le pareció un sendero entre las montañas de honguillos.

Algunas de ellas quedaban aplastadas bajo el peso del terrícola, y los escarabajos salían, como preguntándose qué era lo que ocurría.

—Y el monstruo que hemos visto, ¿dónde vivirá? —preguntó Pierre, receloso, mirando a un lado y a otro.

—¿Adónde vamos? —inquirió la muchacha, no muy convencida de que debieran seguir adelante entre aquella colonia de hongos microscópicos que, unidos entre sí por millones de millones, formaban verdaderas montañas.

El olorcillo que despedían llegaba claramente hasta sus olfatos, ya que respiraban el aire ambiental, pero comprimido mediante un diminuto compresor, que no dejaba de funcionar, y que llevaban pegado a la espalda en el traje de supervivencia.

—Clyton, estos escarabajos me repugnan —exteriorizó Elsa, que, al ver que le subían por el traje, los expulsaba a manotazos.

—Por ahora, no son peligrosos, esperemos que no lleguemos a encontrarnos con un ejército de ellos, atacándonos.

—Y si nos atacara un ejército de millones de esos bichos, ¿qué haríamos? —preguntó Pierre, sacándose también los grandes insectos de encima.

—Si llega ese momento, hay que correr hacia la salida.

Descubrieron como una procesión organizada de escarabajos. Cada uno de ellos portaba una bola de tierra aglutinada con una sustancia, pegajosa, que ellos segregaban para envolverla.

Aquellos escarabajos se distribuían luego en varias direcciones, y cada uno de ellos depositaba su bola en un lugar distinto. Encima de aquellas bolas se producirían luego los honguillos, formando nuevas colonias micológicas.

Elsa rehuyó cuanto pudo a los repugnantes insectos que, en su mayor parte, ignoraban la presencia de los terrícolas y seguían

laborando.

Clyton se detuvo al rebasar un promontorio, y quedó sorprendido y boquiabierto ante lo que estaba viendo.

Aquello era superior a lo que había podido imaginar. De no tener el cristal del yelmo que enfundaba toda su cabeza, se habría frotado los ojos, porque no daba crédito a lo que estaba viendo.

—¡Por todas las estrellas del universo! —exclamó Elsa, atónita también.

Pierre se cayó sentado sobre una de las montañas de millones de honguillos.

CAPITULO VII

La gran sala del subsuelo del planeta Negro se ensanchaba allí más y más.

La luz del pequeño sol artificial llegaba con fuerza a aquel lugar, en cuyo fondo había un lago de aguas verdosas, un lago que se extendía hasta las paredes de mineral férrico, formando como una porción de cueva o ábside.

Allí, medio protegiéndose de las radiaciones del sol artificial, casi hundido en su totalidad, flotaba algo viscoso por su aspecto.

—Es un cerebro —musitó Clyton, hablando con dificultad—. Un cerebro cubierto por una protección gelatinosa, que él mismo debe segregar.

—Parece que vive en el agua —observó Pierre.

—Bien venidos a mi siniestra prisión, terrícolas.

La voz llegó claramente a los cerebros de los tres, pero no a través del oído; era una comunicación telepática.

Aquel cerebro poseía unos poderes muy superiores a lo imaginable; podía verse incluso el aura que despedía por la continua radiación que emitía.

—¿Estás vivo? —preguntó Clyton, dando por supuesto que aquello que flotaba en el agua, casi sumergido, les iba a entender.

—Sí, estoy vivo y soy muy poderoso. ¿A qué habéis venido a mi prisión, terrícolas?

—Estamos en observación, somos aventureros terrícolas —explicó Clyton—. ¿Por qué llamas prisión a tu medio?

—Es que no estoy aquí por mi propia voluntad. Unos traidores me condenaron a vivir aquí, de esto hará como cuarenta años, terrícolas.

—Hablas como si conocieras nuestras medidas —dijo Clyton.

—Las conozco y os conozco a vosotros. Antes, yo tenía un cuerpo, un cuerpo semejante al vuestro, aunque lógicamente distinto. Los traidores extirparon mi cerebro y lo pusieron en este lago siniestro; creyeron que en poco tiempo me extinguiría, pero yo no iba a resignarme a desaparecer y he crecido. Sí, he crecido mucho, y ya no habrá cráneo capaz de albergarme. He crecido lo que nadie podía imaginar ni sospechar, y soy poderoso, terriblemente poderoso.

Pierre preguntó:

—¿Los escarabajos no te acosan?

—Los escarabajos trabajan para mí. Ellos cultivan los hongos, los abonan, los arrancan y los traen al lago, donde se transforman y yo los asimilo como alimento. Ellos me nutren y me obedecen, yo los gobierno con mi poder telepático.

—¿Has sido tú quien sacudió nuestra nave?

—Sí. yo fui, y podía haber hecho más, mucho más.

—¿Como qué más? —preguntó Clyton.

—Destruirla o lanzarla al espacio, sin que vosotros pudierais controlarla. Sé que sois unos escépticos, pero os conozco mejor de lo que podáis imaginar. Sé que os hacen falta las demostraciones para que lleguéis a creer.

Pierre inquirió:

—¿Qué clase de demostración nos vas a hacer?

De pronto, el voluminoso y pesado Pierre se sintió elevado en el aire, como poseído de levitación.

—¡Pierre! —llamó Clyton.

— ¡No puedo hacer nada, no puedo! —gritó Pierre, dentro de su casco de protección y supervivencia, viéndose trasladado por el aire como si tuviera alas.

Sobrevoló el lago, ante los ojos atónitos de sus compañeros, mientras los tres tenían la impresión de que aquel ser demencial se

reía de ellos.

—¡¡Aggg!!

Pierre gritó al caer de pronto en vertical hacia las aguas del lago, que estaban llenas de aquellos honguillos que los escarabajos transportaban hasta allí, y luego regresaban por más.

Pierre se quedó casi tocando el agua con sus botas; pero, aún en el aire, fue trasladado en dirección a la gran masa cefálica.

—¡¡Nooo!! ¡¡Nooo!!

Pierre temía ser engullido por aquel ser viscoso, que irradiaba poder suficiente para moverle de un lugar a otro como si fuera un muñeco manejado a distancia.

Antes de llegar a tocar el cerebro, Pierre volvió a ser elevado en el aire y trasladado junto a sus compañeros.

—¿Os basta la muestra?

—Sí, sí...

—Puedo elevar toneladas de roca y lanzarla al espacio, dirigirlas hacia donde desee.

—A tus poderes, nosotros los llamamos paranormales.

—Estoy enterado de lo atrasados que aún estáis los terrícolas, claro que yo he crecido en volumen y poderes aquí en mi encierro. Mis verdugos jamás pensaron que sobreviviría a su condena, y que me haría más y más fuerte, gracias a que he podido controlar a esos escarabajos que en poca cantidad ya vivían en este planeta, colonia que ha aumentado, bajo mi dirección.

—Pero ¿quién eres tú? —preguntó Clyton cuando Pierre todavía no se había recuperado del susto pasado.

—Soy el emperador de Xama.

—¿El emperador de Xama? Imposible; Xama está gobernado por tres tribunos —quiso corregirle Clyton.

—Yo gobernaba el imperio de Xama cuando una conspiración traidora se cernió sobre mí. Mientras descansaba, fui secuestrado y sacado del planeta. De no haber sido el emperador, me hubieran eliminado, pero no podían hacerlo, las leyes seculares se lo impedían. Matarme a mí habría significado condenarse ellos, pero ya tenían un

plan tan perverso como maligno. Prepararon mi encierro y muerte lenta en esta gran cueva del planeta Negro y, para ello, extirparon mi cerebro del cráneo. Me quedé sin visión, sin oídos, sin olfato, sin gusto, sin nada, pero río contaban con que mi cerebro podía desarrollar otras fuerzas. Sí, me abandonaron aquí, con un sol artificial y un agua con continua oxigenación, como si esto fuera un inmenso terrario artificial con laguito incluido. Ni los tribunos que me atacaron y se adueñaron del poder ni los científicos que participaron en el crimen, imaginaron que yo sobreviviría y me engrandecería. Jamás volveré a tener el cuerpo que poseía originalmente, pero ahora soy más fuerte, y ellos lo saben.

—Nosotros partiremos ahora hacia el planeta Xama; si quieres que les demos un mensaje… —se ofreció Clyton.

—No marcharéis de aquí, por ahora.

—¿Vas a impedirlo? —preguntó Clyton.

—Sí. Consideraros mis cautivos, más claro, sois mis esclavos. Os quedaréis para servirme, para obedecerme como los escarabajos, ya que sois seres inferiores.

—No podemos —le replicó Clyton.

—¿No? ¿Qué es lo que puede impedir mi voluntad?

El singular diálogo telepático se mantenía en tono de desafío.

Pierre sentía verdadero miedo; siempre se había creído más fuerte que los seres que le rodeaban, pero ahora, frente a aquel monstruoso cerebro, que flotaba en las aguas verdosas de cuyo caldo se nutría, tenía pánico. Su fuerza física no servía absolutamente de nada.

—Nuestras mujeres llevan un cinturón, con un explosivo que puede ser activado por tus enemigos.

—¿Mis enemigos?

—Sí, los tribunos que te condenaron a supervivir en este lugar, y que te alejaron de tu pueblo, de tu imperio.

—Conozco esa clase de cinturones.

—Entonces, sabrás que no podemos librarnos de ellos.

—Te equivocas, terrícola. Poseo más poder del que ya has visto.

Ahora, voy a sujetar todos los mecanismos con mi telequinesia, mientras tú cortas el cinturón.

—Si le abro el traje, perderá la presión de aire que encierra.

—Sois torpes y débiles, terrícolas, pero no te apures, que yo te ayudaré. Aplastaré él casco dejándolo ajustado a su cuello, y su cabeza no perderá presión. Ve rápido cuando yo te lo ordene.

—Elsa, ¿estás dispuesta?

—Sí, Clyton.

Clyton miró al cerebro y éste, como captando su movimiento de cabeza, ordenó:

—¡¡Ahora!!

Elsa notó que parte del traje se le ceñía en torno a la garganta y parte del pecho, lo que Clyton aprovechó para abrir las cremalleras herméticas.

Los dedos del hombre palparon la ropa femenina y la apartaron hasta hallar la suave piel. Cogió entre sus dedos el cinturón y preguntó:

—¿Seguro que puedes bloquear los mecanismos?

—Sí. Corta el cinturón ahora, yo bloqueo, desde aquí, los mecanismos.

Clyton miró a Elsa a través de la mirilla, y la joven también le miró a él. El hombre deseó preguntarle si estaba asustada, pero era mejor actuar, pasase lo que pasase, y seccionó con el cuchillo el cinturón.

Una vez cortado, estiró la hebilla y lo deslizó por el cuerpo femenino hasta sacarlo.

—¡Ahora, arrójalo lejos!

Clyton lo volteó por encima de su cabeza y lo soltó cuando creyó que había adquirido suficiente fuerza centrífuga.

Mientras, Elsa se apresuraba a cerrar de nuevo las cremalleras de su traje de supervivencia.

El cinturón con el explosivo fue hacia la gran masa cerebral que medio flotaba en el agua. Pero, antes de llegar hasta ella, como

movido por una fuerza inteligente, se desvió y se alejó volando hacia un punto distante de la cueva.

Al poco, se produjo la explosión, que arrancó por el aire algunas colonias de honguillos y escarabajos.

Elsa, asustada, se abrazó a Clyton.

—Terrícola, no vuelvas a cometer la torpeza de lanzar nada contra mí. Soy superior a todos vosotros juntos, y no penséis que vuestra nave interplanetaria va a poder despegar porque no lo conseguirá; Yo la mantengo bloqueada con mi poder mental y puedo destruirla de varias maneras; elevándola y lanzándola contra las montañas o simplemente bombardeándola con rocas.

—No te desobedeceremos —le dijo Clyton—. ¿Cómo hemos de llamarte?

—Emperador. Ahora, marchaos, ya os iré diciendo lo que tenéis que hacer. Es posible que me valga de vosotros para regresar a mi imperio.

—¿Cómo, si ahí estás bien? —le observó Pierre.

—Ya decidiré. Vosotros regresad, vuestros tres compañeros os están esperando. Contadles que desde ahora sois mis esclavos, y que tenéis que obedecerme o moriréis.

—Emperador, emperador —le interpeló Elsa.

—Te escucho.

—Mi compañera lleva un cinturón como el mío. ¿Cómo podrá librarse de él?

—Que venga aquí. Con mi poder de telequinesia, paralizaré los mecanismos interiores del artefacto explosivo, y tendréis tiempo de quitárselo y arrojarlo lejos.

—¿No sería mejor que fuéramos amigos, en vez de tus esclavos? —sugirió Pierre.

—Sois mis esclavos, porque yo tengo el poder. Os puedo destruir si lo deseo, vosotros, a mí, no. Os puedo inmovilizar y mis escarabajos os comerán vivos, os convertirán en estiércol para los honguillos que me alimentan.

Elsa se estremeció al pensar que los repugnantes escarabajos

podían invadirla por millares.

Clyton, que había comprendido que no existía posibilidad de razonar con aquel ser, todo cerebro, un cerebro gigantesco, con posibilidades muy superiores a todo lo imaginado, dijo:

—Vamos con nuestros compañeros.

—Cuando os llame, vendréis; cuando os ordene, obedeceréis —puntualizó el cerebro del emperador de Xama, un emperador en el más despiadado de los destierros y que, al parecer, ahora ansiaba tomar venganza.

Regresaron a la gruta pisando de nuevo las colonias de honguillos y los escarabajos, que crujían bajo sus pies.

Aquella gruta era un mundo de pesadilla, un lugar donde no se sabía si era cierto lo que estaban viviendo o "una alucinación colectiva. No se detuvieron; siguieron adelante.

Pierre temía que, de un instante a otro, pudiera salirles por delante aquella bestia que casi ocupaba toda la anchura de la cueva, pero Clyton, como si adivinara su pensamiento, le dijo:

—Esa bestia que hemos visto antes, creo que sólo ha sido una ilusión, provocada por ese cerebro resentido. Me temo que tiene capacidad suficiente para hacernos ver, sin que existan, los monstruos más horrendos.

—¿Y cómo podremos saber que lo que vemos es una realidad o una alucinación?

—Lo ignoro —suspiró Clyton—, Cada situación puede ser distinta, y no debemos cometer el error de creer que es una alucinación lo que puede ser cierto, porque entonces sería nuestra perdición.

Tuvieron que encender sus linternas para salir de la cueva. Elsa, al descubrir de nuevo las huellas, comentó:

—Este rastro debieron dejarlo cuando encerraron a ese cerebro sin cuerpo, en la gruta.

—Sí, y no ha debido de pasar nadie en todo este tiempo, porque se han conservado. Por cierto, vamos a hacer una comprobación —propuso Clyton.

Pierre, acercándosele, preguntó:

—¿Qué quieres comprobar?

—Si hay huellas de monstruos como el que hemos visto al llegar.

—Es una buena idea —aceptó Pierre.

Buscaron en todas direcciones, siguiendo el camino hacia la salida. Se hallaban ya en el espacio exterior cuando Clyton opinó:

—No hemos encontrado huellas, de modo que todo es una ilusión terrorífica, que ese cerebro nos ha provocado para asustarnos.

—Pues, a fe mía que lo ha conseguido —gruñó Pierre. —Eh, os escuchamos, ¿estáis bien? —preguntó la voz de Walker, desde la nave «Viking».

— ¡Sí, sí, estamos bien! —respondió Clyton, a través del telecomunicador, contento de oír la voz de su compañero.

Subieron al vehículo AHC y, cuando lo iban a poner en marcha, Elsa gritó:

—¡¡Cuidado!!

El grito de la joven estaba plenamente justificado; pronto iban a comprobarlo.

CAPITULO VIII

Una roca gigantesca había aparecido sobre ellos, flotaba en el aire sin sostenerse en parte alguna, y era tan grande que debía de pesar cientos de toneladas.

Se había colocado justo en la vertical del vehículo, a unos diez metros de altura. Si aquella gigantesca piedra, con un altísimo tanto por ciento de hierro natural, caía encima de ellos, quedarían totalmente aplastados; no sólo no iban a salvarse, si no que sería difícil encontrar sus restos.

—¿Qué hacemos? —balbució Pierre, tragando saliva dificultosamente.

—¿Tienes alguna fuerza capaz de apartar esa piedra? —preguntó Clyton.

—No, por supuesto que no; haría falta una grúa gigantesca.

—Entonces, no te preocupes de ella, pues nada podemos hacer. Seguro que es un regalo que nos hace el emperador para que no olvidemos que nos mantiene vigilados, y que puede destruirnos en cuanto se lo proponga.

—¿Y no podría guardarse ese pedrusco en otra parte? —masculló Pierre, que mantenía el cuello torcido porque no quitaba ojo a la gigantesca piedra que continuaba encima de ellos.

Elsa preguntó:

—¿Crees que puede ser otra ilusión, esa roca gigante?

—No lo sé, el poder de ese cerebro es muy superior a nosotros. Creo que, si se lo propone, no sólo veremos monstruos si no que los tocaremos, aunque no existan. Con él no nos vale la seguridad de lo

cierto y lo racional o lo incierto y alucinación.

—Pues, aunque sea una ilusión, a mí no me gusta que esa roca nos siga; me produce una sensación muy rara —observó Pierre.

Clyton condujo su vehículo de retorno a la nave, y la piedra, sin perder altura, siempre manteniéndose encima de ellos amenazadoramente, les siguió.

—¿Qué es eso que se desplaza encima de vosotros, una nube? —preguntó Walker por el telecomunicador.

—No es una nube, es una roca gigante, que amenaza con aplastarnos.

—¿Estáis bien de la cabeza? —replicó Walker a Clyton.

—Ya te explicaremos. Lo que sí puedo adelantarte es que no tenemos poderes para desembarazarnos de ella.

El vehículo AHC llegó a la nave «Viking» y se introdujeron en ella, mientras la roca de cientos de toneladas se colocaba en la vertical de la nave interestelar, amenazando con destruirla, si caía sobre ella.

Cerraron las compuertas, presurizaron el pequeño hangar, y se apearon del vehículo AHC. Al poco, se reunían en la cabina de pilotaje con Sandry, Renis y Walker.

—¿Quién maneja esa extraña roca? —preguntó Walker, pálido.

—Un ser insólito —musitó Elsa, como repuesta.

—Se trata de un cerebro gigante, que flota dentro de un lago que hay en el interior de una gruta. Es un lugar infernal, lleno de escarabajos y, por si aún no lo sabíais, ahora somos sus esclavos.

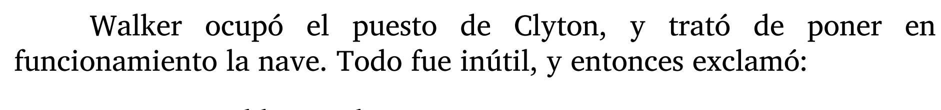
—¿Sus esclavos? ¿Estáis locos? —replicó Renis.

—Un momento, voy a probar —dijo Clyton, sentándose en la butaca de mando de la «Viking».

Manipuló en los mandos, y trató de encender los motores, pero la nave no respondió.

—¿Qué sucede ahora, se ha averiado la nave? —preguntó Walker, nervioso.

—Inténtalo tú —le pidió Clayton.



Walker ocupó el puesto de Clyton, y trató de poner en funcionamiento la nave. Todo fue inútil, y entonces exclamó:

—¡Estamos bloqueados!

—Desgraciadamente, así es. Ese cerebro, además del poder telepático, posee otros muchos poderes, como es el de mover objetos a distancia.

—No escaparemos de aquí —dijo Pierre, con aire pesimista.

—¿Tanto poder tiene? —se asombró Renis.

—Tanto, que ha podido bloquear los mecanismos del explosivo que Elsa llevaba en su cinturón, y se lo hemos podido sacar.

—¡Elsa! —exclamó Sandry—. ¿De verdad te has librado del cinturón de la muerte?

—Sí, ya no lo llevo.

Se palpó la cintura, como para asegurarse, una vez más, de que todo no había sido una ilusión, un espejismo.

—¿Y decís que todo su poder es mental? —inquirió Walker, muy interesado.

—Sí. Lo que parece dominar mejor es la telequinesia, ya sabéis, el mover objetos a distancia —explicó Clyton, con un suspiro de desaliento.

Sandry preguntó:

—¿Podrá quitarme a mí también el cinturón de la muerte?

—Sí, sí podrá —asintió Elsa.

—Si es capaz de elevar y sostener en el aire esa roca gigantesca, es obvio que tiene inmensos poderes.

—Por eso los xamanícolas le temen. Ellos hubieran preferido venir aquí a destruirlo porque se ha convertido en su enemigo a distancia, pero no pueden.

—¿Lo habrán intentado? —preguntó Renis.

Clyton opinó:

—Sí, creo que sí lo habrán intentado, y es posible que sus naves hayan Sido destruidas. Acordaos de cómo fue azotada la nuestra

cuando nos hallábamos en órbita.

—¿Y qué es lo que se propone ese monstruoso cerebro, del que habláis?

Clyton, tras respirar hondo, intentó responder a Walker:

—No lo sé a ciencia cierta, pero intuyo que lo que desea es volver a gobernar el imperio de Xama.

—¿Volver?

—Sí, él era el emperador; fue traicionado por una conjura, llevada a cabo por los seres en quienes confiaba, los que ahora son los tribunos. Quiere vengarse de ellos, y esos tribunos se han dado cuenta; no le han visto, pero ya se han percatado de su poder. Si hubieran visto el tamaño que ha alcanzado ese cerebro, como ya lo hemos visto nosotros, se asombrarían y se estremecerían.

—¿No podemos enviarles un mensaje? —inquirió Walker.

—Un momento —pidió Clyton, y manipuló en los mandos. Una luz se encendió, y suspiró—. Menos mal.

—¿Qué has hecho? —preguntó Elsa.

—Crear un campo magnético. Ahora no será fácil que capte nuestro pensamiento, si es que es capaz de hacerlo.

—¿Y si deja caer esa gigantesca roca sobre nosotros? —preguntó Sandry.

—Pues, que no lo contaremos —gruñó Renis.

—Podríamos lanzar un mensaje explicativo a los tribunos de Xama. Si lo lanzamos en láser-infrarrojos, el cerebro no podrá captarlo —explicó Clyton.

Walker inquirió:

—¿Y qué les vamos a decir?

—Pues, que hemos encontrado el cerebro, y que es gigante; que tiene poderes insospechados y que nos ha convertido en sus esclavos. A ver si a ellos se les ocurre algo para liberarnos.

—¿Y la caja metálica que los tribunos quieren? —preguntó Renis.

—No la hemos visto.

—Pero ¿sospecháis dónde puede estar? —insistió Walker.

—Seguro que la tendrá ese monstruoso cerebro, dentro de la cueva —masculló Pierre—. Pero si no me obliga, yo no vuelvo.

—¿Y cómo te puede obligar a regresar a la gruta? —preguntó Sandry.

—Si hubieras visto la jugada que me hizo para demostrarme sus poderes...

Fue Elsa quien explicó:

—Si no fuera terrorífico, hasta resultaría cómico. Elevó a Pierre por los aires, y lo desplazó por donde quiso, en contra de su voluntad. Era como si acabara de convertirse, parte en muñeco y parte en pájaro.

—Parece increíble todo lo que contáis —observó Sandry, que ya no tenía los intensos dolores de cabeza que sufriera con anterioridad.

—Habría que destruir a ese cerebro —gruñó Walker—. ¿Has intentado utilizar tu pistola, Clyton?

—No.

—¿Por qué?

—Si lo hubiera hecho, me habría quedado sin ella. Con un poco de falsa estupidez, he tratado de arrojarle encima el cinturón de Elsa, y él lo ha desviado en el aire cuando ya le caía, y lo ha enviado a un lugar de la gruta donde no pudiera dañarle. Está atento a todo; no ve, pero sus poderes son superiores a los sentidos que nosotros utilizamos.

—No podemos aceptar esa esclavitud que pretende imponernos.

—Walker, en eso estamos de acuerdo, pero habrá que pensar algo original para librarnos de semejante monstruo.

—Es posible que esa enigmática caja tenga algo que ver con sus poderes.

—Quizá. Lo que tenemos que hacer es seguirle la corriente, y apelar a la astucia para hallar algún punto débil. A partir de ahora, cada cual debe obrar por su cuenta. Si actuamos en conjunto, el monstruo nos controlará mucho mejor. Averiguando lo que piensa uno, sabrá lo que desean hacer los demás. Si hay que intentar algo,

que cada cual lo haga por propia iniciativa. Hemos de pensar en multitud de cosas distintas, hay que provocar, si es que podemos, un caos en ese cerebro, si trata de controlar nuestras mentes. No penséis lo mismo en forma continuada, variad constantemente. De este modo, no sabrá a qué atenerse, pero os prevengo que una simple piedra lanzada contra él, de nada va a servir porque no llegará a tocarle.

—»¿Me prestas a mí tu pistola? —pidió Walker.

Clyton le miró fijo y respondió:

—La pistola no es lo más adecuado, él sabe bien lo que es una pistola. Hay que emplear la astucia.

—¿Me la prestas o no? —insistió Walker.

—Está bien, tómala. —Le entregó el arma—. Después de todo, cada cual que haga lo que juzgue conveniente.

—Esa es la consigna —aceptó Walker, tomando la pistola.

—Si nos considera sus esclavos, ¿qué nos obligará a hacer? —inquirió Sandry, preocupada.

—No lo sabemos. Creo que su gran deseo sería regresar a Xama, pero su cerebro ha engrandecido tanto que apenas pasaría por la gruta. Se ha hecho al ambiente en que vive, y no creo que pueda desarraigarse de donde está. Es posible que debajo del cerebro le hayan crecido filamentos absorbentes, al estilo de raíces, para nutrirse del caldo que le preparan los escarabajos a base de los honguillos.

—¿Y no será que esos honguillos son alucinógenos? —preguntó Renis.

Clyton aceptó:

—Pudiera ser, habrá que estudiarlos.

—Lo que hemos visto no son alucinaciones y, si no lo creéis, volved a mirar arriba. Esa roca, suspendida sobre nosotros como la espada de Damocles, confirmará lo que decimos.

—Bien, a partir de ahora, que cada cual piense para sí. Cuanto más absurdos sean sus pensamientos, tanto mejor. Hemos de llegar a confundir a ese cerebro monstruo; de lo contrario, estaremos perdidos. Si quisiera, podría destruir nuestra nave, dejando caer sobre ella la roca, y ya jamás podríamos abandonar este planeta Negro. Este planeta, aunque tiene oxígeno para respirar, carece de presión

suficiente para que podamos vivir en él, sin traje de supervivencia. Tampoco tiene los alimentos que nos son necesarios, y no creo que a ninguno de nosotros le parezca oportuno comer escarabajos de los que sí abundan en la cueva.

—A mí, no —objetó Elsa, estremeciéndose de asco—. Son muy grandes y repugnantes.

—¿Qué os parece si cegáramos al entrada de la gruta? —sugirió Pierre, convencido de haber tenido una idea brillante.

—Que dejaría caer la piedra sobre nosotros —le respondió Clyton—, A partir de ahora, si se te ocurre algo, no lo digas a los demás; así cuando ese cerebro monstruoso nos mate a todos, no sabremos de quién ha sido la torpeza.

Renis se sentó frente al panel de telecomunicaciones.

—Voy a comunicarme con los xamanícolas en infrarrojos —dijo —, ¿Qué quieres que les diga, Clyton?

—Que hemos encontrado a un cerebro que dice ser el emperador de Xama, y que nos tiene sometidos a sus poderes mentales. Permanecemos en todo momento amenazados de muerte. Que nos digan cómo podemos librarnos de él.

—De acuerdo. Orientaré bien la antena unidireccional; como tengo la posición exacta del centro de control del astropuerto de Xama, espero que reciban el mensaje.

—Repítelo varias veces y que el mensaje a la inversa también sea por infrarrojos-láser para que no lo capte ese monstruo.

De pronto, escucharon fuertes ruidos y todos se aproximaron a los cristales que les permitían ver el exterior.

—¿Qué sucede? —preguntó Elsa.

— ¡Llueven rocas! —exclamó Sandry.

—Tengo la impresión de que es un aviso de ese monstruo — gruñó Clyton.

—¿Quieres decir que nos está amenazando con rocas pequeñas, advirtiendo que nos puede lanzar la grande encima?

—Es posible; se habrá irritado por algo.

Clyton quitó el campo magnético que había impedido que el

monstruoso cerebro pudiera captar sus pensamientos, si es que llegaba a captarlos.

Al desaparecer el campo magnético, dejó de caer la lluvia de rocas, mientras la que estaba sobre ellos, de tamaño gigantesco, seguía amenazándoles.

—Ha captado el bloqueo del campo magnético, se ha irritado y nos ha enviado una amenaza —explicó Clyton.

—Pues, bloquear la nave sí hˆ podido, a pesar del campo magnético —observó Walker, preocupado y pensativo.

—Sí, su poder telequinésico es capaz de mantener bloqueada la nave, pese al campo magnético de protección. Parece que lo que le cuesta más es captar lo que sucede en nuestros cerebros.

—Os capto perfectamente —dijo, de pronto, una voz que no se pudo oír en el ambiente, pero que cada uno de ellos escuchó con claridad dentro de sus respectivas mentes.

La coraza ósea que protegía sus cerebros no había podido frenar aquel mensaje telepático, enviado desde el subsuelo del planeta Negro.

CAPITULO IX

Elsa se sentía muy fatigada, y había preferido aislarse en una de las literas, corriendo la cortina. Deseaba dormir, y sabía que no le iba a ser fácil, después de lo que había visto y vivido.

Sabía también que aquel gigantesco cerebro podía interferir en su mente, molestándola, esclavizándola, por lo que optó por abrir el botiquín de a bordo, y se tomó dos pastillas de somnífero. De esta forma, se aseguraba un sueño largo y profundo.

—Yo no voy —dijo Pierre.

No deseaba repetir la experiencia de que ya había sido objeto y prefirió quedarse en la nave. Walker indicó:

—Cuidaré de la nave, Si veo alguna forma de librarnos de esa roca gigante que permanece sobre nosotros, amenazando con caer y aplastarnos, la aprovecharé, aunque me temo que ese ser del que habláis no va a desbloquear los sistemas mecánicos y electrónicos de la nave. Lo que me gustaría saber es si hay alguna forma de poner freno a su poder mental.

—Con el campo magnético —observó Clyton— sólo hemos conseguido encolerizarle porque no captaba nuestras mentes. Su poder telequinésico ha conseguido traspasar la barrera magnética y continúa bloqueando la nave.

—¿Crees que su poder llegará hasta el propio planeta de Xama? —preguntó Renis.

—Lo ignoro, pero si los tribunos le temen, será por algo. Quizá les ha enviado desde aquí una lluvia de meteoritos. Si tiene el poder de averiguar, desde este planeta Negro, el lugar donde se hallan los traidores que le condenaron a vivir sin cuerpo, si consigue localizarlos,

puede enviarles una fuerte lluvia de rocas y aplastarlos. Claro que durante el trayecto pueden detectarlas y cambiar de lugar. En fin, no sé cuál es el límite real del poder de ese cerebro que habita en la gruta.

—Yo quiero librarme del cinturón de la muerte —dijo Sandry—. Seré su esclava por ahora, pero ya me habré librado de la esclavitud de los xamanícolas. Ser esclavo de dos al mismo tiempo es peor.

—Yo os acompaño —dijo Renis—. Tengo ganas de ver a ese monstruo.

Clyton, que ya conocía el camino, no tuvo dificultad en conducir el AHC.

Cuando se hubieron alejado de la nave «Viking», miró hacia atrás y observó:

—La gran roca no nos sigue.

Renis admitió: .

—Es cierto, se ha quedado sobre la «Viking».

—Debe de creer que es más importante la nave interplanetaria que este pequeño vehículo de desplazamiento sobre la superficie de los planetas.

Vivir con la enorme roca flotando sobre sus cabezas no era nada grato. Tenían que librarse de aquel monstruo que, como si fuera una gigantesca araña, se había mantenido expectante en el agujero de su tétrica gruta, en la que habían entrado sin saber con lo que se iban a topar.

Los xamanícolas sabían muy bien adonde les enviaban; lo que Clyton no acababa de entender era por qué habían llegado a imaginar que ellos lograrían burlar el poder del cerebro si ellos, que a buen seguro lo habían intentado, nada habían conseguido.

Clyton, que ya conocía el interior de la gruta, no detuvo el vehículo AHC en la misma entrada, si no que se introdujo con él para evitarse caminatas innecesarias.

El faro del vehículo iluminaba perfectamente la profunda cueva. Sandry y Renis mantenían sus ojos muy abiertos, escudriñándolo todo.

Clyton detuvo el vehículo en la amplísima sala iluminada por el sol artificial suspendido en lo alto de la bóveda.

No cabía duda de que aquella galería, la gran sala y el cráter que había sobre ella en el exterior, era debido a alguna acción volcánica habida en el planeta Negro, quizá hacía un siglo de tiempo terrestre.

—El resto hay que hacerlo caminando por encima de las colonias de honguillos —dijo Clyton.

—En realidad, esto es una plantación de autoconsumo que tiene ese cerebro, ¿verdad? —preguntó Renis.

—Así es y los cultivadores son los escarabajos, que también deben alimentarse de los mismos honguillos porque parece que es lo único que puede crecer aquí abajo. Ellos forman pelotas de tierra volcánica segregando una especie de leche, con la que aglutinan la tierra; por lo visto, es un abono inmejorable.

Salieron del vehículo.

Sandry miró, con evidente recelo, las esponjosas montañas de honguillos que cedían bajo el peso de los terrícolas.

Entre los agujeros aparecían las antenas y las pinzas enteras de los escarabajos agricultores, como si éstos se preguntaran si eran víctimas de algún seísmo cuando tan solo era el paso de los terrícolas que para ellos debían de resultar gigantes monstruosos.

—Todo esto me da asco —musitó Sandry, siempre hablando por el telecomunicador que todos llevaban incorporado al yelmo que proporcionaba el aire respirable y a la presión adecuada.

—Te acostumbrarás —le dijo Clyton.

El camino estaba ya marcado por su paso anterior. No había vacilación en el avance de Clyton, por lo que no tardaron en verse frente al siniestro lago, de aguas viscosas y de color verdoso.

El lago quedaba más hondo; ellos se hallaban en una pendiente de veinte a treinta grados, que descendía hacia el lago, que era lo más profundo de la gruta. Posiblemente, aquel lago tenía a su vez una gran profundidad.

El planeta Negro parecía tener calor propio en su interior, y el agua debía conservarse a una temperatura constante. Por supuesto, había un gran desnivel de temperatura entre la cueva y el exterior, consiguiéndose, de forma natural, un ambiente termoestable.

—Hola, terrícolas —saludó el monstruoso cerebro, ante el cual Sandry se estremeció, como temiendo ser devorada por él, pese a que

se hallaba a una distancia de casi treinta metros.

—Hola, emperador, volvemos a estar aquí —le saludó Clyton con su mente, pues la conversación con el cerebro se realizaba siempre a nivel telepático.

—No volváis a poner impedimentos en torno vuestro u os destruiré, terrícolas.

—No sabíamos que pudiera molestarte el campo magnético.

—Puedo controlar vuestra nave lo mismo.

—Lo sabemos.

—Puedo hacer que la gran roca os aplaste, como vosotros aplastáis a las cucarachas con vuestras botas.

—Sí, pero será mejor que quites esa roca de encima de nuestra nave, nos molesta.

—No quitaré nada, yo no obedezco órdenes.

—Te lo pedimos como favor —dijo Clyton.

—No hay favores para los esclavos, los esclavos obedecen y nada más.

—Nosotros no te obedeceremos bien, si no apartas esa roca que nos amenaza constantemente.

—Me obedeceréis, os guste o no.

—¿Y si nos negarnos? —preguntó Clyton.

En aquel momento, el propio Clyton recibió una descarga de fluido que emanaba del cerebro con aura que variaba del azul al dorado, según actuaba o se comunicaba.

Clyton se retorció de dolor. Renis y Sandry trataron de ayudarle, pero Clyton estaba como torturado en su sistema nervioso, y el dolor dentro de él era muy intenso. Las mandíbulas se le desencajaban y los ojos parecían querer saltársele de las órbitas.

— ¡Basta, basta! —suplicó Sandry.

Por su parte, Clyton habla aguantado como había podido, sin suplicar nada.

El emperador desterrado cedió en su castigo y Clyton se fue

recuperando, aunque se tambaleaba, debilitado por la tortura sufrida.

—¿Habéis comprendido que sólo yo soy el que da órdenes, y no admite réplicas ni súplicas?

—Sí, sí, ya lo sabemos —gruñó Renis, molesto, mirando con odio hacia aquel monstruoso cerebro, medio sumergido en las repugnantes aguas y cubierto de una gelatina protectora que debía hacer las veces de meninges.

—Los tribunos todavía te disputan el mando.

—Los venceré, los destruiré; vosotros me ayudaréis.

—No podremos; ellos nos destruirán a nosotros, si no me quitas el cinturón con el explosivo que llevo en torno a la cintura.

—Un cinturón igual al de la hembra terrícola llamada Elsa, ¿verdad?

—Sí.

—Dile al arrogante Clyton que haga lo mismo que hizo con la otra hembra y yo te libraré del cinturón de la muerte que te pusieron los traidores que me trajeron a mí aquí.

Sandry miró a Clyton. Este se había repuesto ya, aunque la mirada la tenía cansada, muy cansada. El sufrimiento con que lo torturara el maligno cerebro, debía haber sido atroz.

—Ciñe el traje de Sandry —pidió Clyton al cerebro.

Sandry notó que en el cuello y en la parte alta del tórax, el traje se le pegaba a la piel con tanta fuerza que el aire no podía escapar. Clyton le abrió la cremallera e introdujo su mano hacia la cintura de la muchacha.

Se hizo con el cuchillo y volvió a comunicarse con el cerebro, preguntando:

—¿Inmovilizas ya los mecanismos?

—Sí, terrícola, ya puedes cortar.

Clyton comenzó a cortar y Sandry, mentalmente, se preguntó:

«¿No estallará?»

Se jugaba la vida en aquellos instantes. Un fallo en el poder del

monstruo y ella moriría mientras Clyton manejaba el cuchillo tocando la piel de su cuerpo joven y suave a la altura de la cintura.

Si estallaba, todo su paquete visceral saltaría despedazado en torno suyo. Como captando aquel pensamiento, el cerebro semejó reírse e incluso llegó a decir :

—Ahora podría hacer que la chica y vosotros os destruyerais.

—No lo harás, te quedarías sin esclavos —replicó Clyton, y cortó el cinturón, arrojándolo lejos.

No cometió la torpeza de lanzarlo contra el cerebro, como hiciera la vez anterior. Nada habría conseguido, ya que el ser que flotaba entre dos aguas tenía el poder de desviar lo que se le viniera encima y, al mismo tiempo, le habría irritado.

Lo que convenía ahora era ganar un poco de confianza. Si lo obligaban a mantenerse alerta en todo momento, no encontrarían la forma de atacarle, aunque Clyton ya comenzaba a dudar que consiguieran librarse de él.

El poder mental del enorme cerebro era tan grande que no había forma de luchar contra él.

El cinturón cayó hacia un rincón de la sala y allí estalló. Colonias de honguillos y varios centenares de escarabajos saltaron por los aires, destrozados, convertidos en partículas quemadas.

—Ya habéis quedado liberados del poder de los tribunos; ahora estáis por completo bajo mi poder.

—¿Qué es lo que deseas?

—Vengarme.

Renis preguntó:

—¿De los tribunos xamanícolas?

—Sí.

—¿Quieres que te saquemos de este lugar? —interrogó Clyton.

Mientras Sandry cerraba de nuevo las cremalleras herméticas de su traje de supervivencia, y se sentía mejor, libre ya del cinturón, aunque había escapado de una esclavitud para caer en otra, el cerebro respondió a la pregunta que se le acababa de hacer.

—No, no soy tan torpe como para pedir imposibles. Sé que ya no puedo salir de este lugar al que me condenaron, pero sí puedo gobernar y vengarme desde aquí.

—Es cierto —le dijo Clyton—, Deben haberte crecido como raíces subacuáticas y ya no es posible que abandones este lugar.

—Mi poder llega cada vez más lejos, terrícola. Los traidores, los que ahora se hacen llamar tribunos, me enviaron un misil de alto poder explosivo, pero, antes de que llegara aquí, le hice dar la vuelta y lo devolví al planeta Xama, donde estalló. Ellos comprendieron cuál era mi poder y ahora me temen porque saben que terminaré dominándoles.

—Lo que no habrás podido hacer aún es dirigir el misil a un punto concreto —objetó Clyton, deseando saber hasta dónde llegaba el poder de aquel ser todo cerebro.

—Devolví el misil a Xama.

—Pero no lo hiciste caer sobre el propio palacio de los tribunos, como hubieras deseado.

—Llegará el momento en que pueda precisar más.

En aquel instante se produjo algo inesperado para todos.

Un dardo luminoso brotó entre las montañas de colonias de honguillos hacia el maldito cerebro evolucionado hacia un gigantismo atroz, pero el disparo incinerante no alcanzó su objetivo.

Como si un espejo hubiera surgido de pronto frente al rayo, éste se desvió en ángulo casi recto, yendo a dar contra una pared de la cueva, donde se desprendieron varias piedras.

— ¡Estúpidos! —expresó el cerebro que se había visto atacado.

Walker, al fallar su disparo, se incorporó, dejándose ver. Sus compañeros le vieron, sorprendiéndoles su presencia.

— ¡Hay que acabar con él! —gritó Walker.

Volvió a disparar y, de nuevo, el disparo fue desviado.

—¡Quieto, Walker, quieto! —chilló Clyton.

Walker sé vio, de pronto, sujetado por una fuerza invisible, que le obligó a oprimir con más fuerza la empuñadura del arma con la que había disparado contra el monstruoso emperador. Entonces, la muñeca

fue girando, girando grado a grado.

— ¡Walker! ¿Qué haces? —gritó Clyton al ver, aterrado, como el cañón de la pistola se estaba volviendo hacia el rostro del propio Walker, que gimió de pánico.

—¡No puedo hacer nada, no puedo, es contra mi voluntad!

—¡¡Suelta el arma!!

— ¡No puedo, no puedo, tengo la mano agarrotada, como sujeta...! ¡Aaaagg!

Walker recibió el impacto de la propia arma que empuñaba.

Sin que pudiera evitarlo, el poder del monstruo que flotaba en el lago le había dominado brazo y mano hasta hacerle disparar a distancia.

La cabeza de Walker se inflamó, se tornó blanca, y, cuando cayó al suelo, sólo era un pedazo de carbón, que se descomponía a pedazos.

—¡Qué horror! —gimió Sandry, tapándose los ojos y refugiándose contra el pecho de Clyton;

El monstruo que habitaba el planeta Negro acababa de hacerles una nueva y trágica demostración de cuáles eran sus poderes, poderes que, si querían seguir con vida, no podían ignorar.

Y Clyton no iba a ignorarlos porque, con ellos, podía terminarse la especie de seres terrícolas, y no estaba dispuesto a aceptar un genocidio en la galaxia.

CAPITULO X

Entre el grupo de terrícolas, ahora recluidos en su nave «Viking», había cundido el desánimo.

Estaban comprobando que iba a ser peor la esclavitud a que les sometía el monstruoso cerebro que la que habían estado a punto de imponerles los habitantes de Xama.

Ciertamente, ya no se podía considerar xamanícola a aquel ser casi amorfo, que flotaba entre dos aguas. Los suyos no le reconocerían como hermano de especie y el mismo terror que inspiraba a los terrícolas causaría a los xamanícolas, quienes debían de considerarlo una especie de dios o la materialización del mal.

—¿Por qué no nos ha dejado sacar el cadáver de Walker? —preguntó Sandry, que había quedado muy afectada por lo sucedido.

Clyton supuso lo que estaría ocurriendo con el cuerpo. Los escarabajos se le habrían echado encima y quizá lo transformaran en pelotas de abono para los honguillos o quizá lo devoraran ellos mismos. Lo mejor era no regresar por allí de forma inmediata.

—¿Se te ocurre alguna idea para librarnos de él? —preguntó Renis a Clyton.

—Si se me ocurriera alguna idea, no os la diría. Cada cual que intente lo que quiera, pero que recuerde lo que le ha sucedido a Walker. Tratar de atacar a ese monstruo es correr un riesgo de muerte,

—La verdad es que creo que muerta estaría mejor —opinó Sandry, con un suspiro.

—¿Muerta? —repitió Elsa que, con cara soñolienta, acababa de reunirse con ellos.

—Elsa, Elsa, estabas tan dormida… —le dijo Sandry, acercándose a su compañera de infortunios.

Elsa quedó como aturdida cuando le contaron lo ocurrido.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó, mirando a uno y a otro, buscando la respuesta en los rostros de sus compañeros de desgracia.

—Di mejor qué nos obligará a hacer ese monstruo —le corrigió Renis.

—Si por lo menos pudiéramos poner en marcha la «Viking» —farfulló Pierre.

—¿Con esa montaña de roca encima de nosotros, esperando aplastarnos? No, no tenemos escapatoria.

—Creo que a todos nos hace falta comer un poco y descansar. Cuando despertemos, quizá veamos las cosas con mayor optimismo.

A Pierre le pareció bien la idea. Comieron y Elsa recomendó:

—Con un somnífero os libraréis de pesadillas y dormiréis profundamente.

Sandry fue la primera en seguir su consejo. Renis también tomó una pastilla y Pierre, el corpulento Pierre, aseguró:

—A mí no me hace falta, teniendo el estómago bien lleno.

Y fue cierto, porque no tardó en roncar ruidosamente, tendido en la litera.

Elsa se sintió como sola en un mundo hostil mientras sus compañeros dormitaban, refugiándose en el descanso.

Se sentó en la butaca de pilotaje y contempló el exterior a través del grueso cristal protector de la cabina de aquella nave aventurera que había surcado los espacios siderales, pasando de un sistema estelar a otro, posándose de planeta en planeta, como lo haría un insecto de flor en flor en la primavera de la Tierra.

Ante sus ojos se extendía la orografía accidentada y oscura del planeta Negro, aunque no era tan oscura como para no poder ver sus montañas y desfiladeros, los cráteres y la soledad más hostil y aplastante que podía imaginarse.

Cuando, varios siglos atrás, los terrícolas comentaban que el desierto del Sahara era lo más árido y muerto que nadie podía llegar a

ver o a imaginar, es que aún no conocían la soledad, la frialdad, la aridez de los planetas sin vida.

Desde que fuera recluida en aquella especie de invernadero zoológico de los xamanícolas, semejaba haber transcurrido una eternidad. ¿Terminaría en alguna ocasión la pesadilla que estaba viviendo? Le parecía imposible.

Al ver a los cuatro terrícolas, le había parecido que el cielo se abría ante ella, pero de pronto había surgido aquel monstruo del que no había forma de librarse. Elsa le había cogido odio y terror a un tiempo.

Observó los relojes de los controles, la mayoría de los cuales estaban a cero.

Sólo funcionaba el sistema de acondicionamiento, pero no los motores para poder despegar. Era deprimente que la «Viking», la única nave de que disponían para escapar y sobrevivir en otros mundos, no funcionara.

A través del cristal, por su parte aita, podía ver la gigantesca roca que amenazaba con aplastarles. ¿Cómo librarse de ella?

Estuvo meditando sobre todo cuanto le sucedía, y los minutos fueron desapareciendo como burbujas en agua carbónica.

Se levantó de la butaca. Hubiera podido pasarse algún programa de diversión, pero no tenía ningunas ganas. No podía dejar de pensar en su presente y en su futuro, que se mostraba muy oscuro y posiblemente muy corto también.

Abandonó la cabina de pilotaje y pasó junto a las literas, observando que Clyton no estaba en ninguna de ellas. Le extrañó. Suponía que estaría durmiendo como los demás, pero no era así.

La nave era grande y decidió buscarle. Un poco de conversación con Clyton, el hombre que la atraía, el hombre que le gustaba y junto al cual se sentía bien, la tranquilizaría.

Siguió avanzando por la amplia nave interestelar.

Clyton no estaba en el comedor-cocina ni en la sala de juegos y descanso, tampoco en el pequeño pero efectivo gimnasio. Se preguntó si estaría en la bodega, donde se almacenaban los víveres y piezas de recambio, por si algún mecanismo o artilugio de la nave se estropeaba.

Al pasar junto a unas dependencias, se detuvo. Vio luz por debajo de la puerta, que no cerraba hermética y, sin llamar, la abrió, sorprendiendo a Clyton sentado frente a una mesa taller.

—Hola. ¿Trabajando?

Clyton le sonrió. Tenía colocado en la cabeza un enrejado de alambres que se hallaban conectados a un enchufe.

—¿No quieres dormir?

—Ya he dormido mucho antes —respondió Elsa—. Creo que he tomado demasiado somnífero. ¿Qué llevas en la cabeza?

Clyton se puso el dedo índice delante de los labios como pidiéndole que no hablara demasiado.

—Estoy matando el tiempo con trabajos manuales, es una forma de relajarme.

A Elsa le pareció que lo que Clyton estaba haciendo era como un escarabajo de caparazón plástico y artilugios electrónicos en su interior. Se parecía a los que habitaban en la gruta, pero era más grande. Prefirió no hacer preguntas.

—¿No duermes, Clyton? Haces mala cara.

—Es que me siento como un ratón en una ratonera, y con el gato esperando en la puerta.

Clyton se quitó el extraño casquete de electrodos que se había colocado en la cabeza y dejó lo que tenía entre manos. Acercó sus dedos a la cintura femenina.

—No desesperes, Elsa, aún no hemos jugado la última partida.

—El es más poderoso que nosotros.

—Goliath también era más poderoso que David.

—¿Qué tratas de decirme?

—Que es preferible no hablar de cosas que puedan perjudicarnos. No me hagas preguntas comprometidas, piensa sólo que ahora puedes ser feliz.

—¿Feliz ahora? Eso es imposible.

—No lo es, Elsa, no lo es.

—¿Qué motivo puedo tener de felicidad?

—Ya no tienes encima el cinturón de la muerte.

—Pero tenemos una roca gigantesca sobre nuestras cabezas, que puede aplastarnos simplemente con que el fluido psíquico de ese monstruo cese.

—No creo que, por el momento, desee nuestra muerte. Si nosotros morimos, ya no tendrá esclavos y es posible que quiera utilizarnos.

—¿Para qué?

—No creo equivocarme al suponer que desea destruir a los tribunos.

—¿Y quién es mejor, los tribunos o ese monstruoso cerebro?

—A mí me importan un comino todos ellos, mientras podamos escapar lejos de aquí.

—¿Y adonde iríamos si escapáramos?

—Existe un planeta azul, todavía virgen. Sólo vida animal se ha desarrollado en él, vida animal, pero no aún la inteligente.

—¿Y crees que podremos llegar alguna vez allá?

—Sí. El futuro siempre es una incógnita, por muy oscuro que se presente.

—El futuro es como una ilusión que siempre está delante de nosotros y que jamás podemos alcanzar.

—Es cierto, pero, mira así, el presente es una renovación constante, nunca es el mismo. Hace un minuto, el presente era distinto al presente de ahora y, dentro de otro minuto, será diferente al que estamos viviendo, que ya será pasado.

—Por favor, no filosofes ahora. Estoy triste, sin ánimos.

—¿Me dejas que te ayude?

—¿Cómo?

—Gozando un poco de ti.

—Clyton, no querrás burlarte de mí...

—No.

El hombre abrió despacio la casaca de Elsa, que seguía en pie delante de él, que se hallaba sentado. La muchacha le dejó hacer y semicerró los ojos cuando notó las manos masculinas acariciando su cuerpo.

Si habían de morir, ¿por qué no sumergirse en el placer que podía proporcionarle el hombre que amaba?

—Clyton, me gustaría que esos hijos que han de hacer resurgir nuestra especie, nacieran de mí, fecundados por ti.

Besó su vientre y acarició sus pechos jóvenes y firmes. Los pezones se irguieron, reclamando caricias, expresando mil sensaciones que casi mareaban a Elsa, que se contoneó como invitando al hombre a que la siguiera acariciando y besando.

Las mentes de ambos se encendieron de calor, y sus pupilas se dilataron.

Clyton cogió a Elsa y la sacó del cuarto-taller, llevándola a la bodega, donde había mantas y una soledad agradable y tranquila.

—No sé si habré muerto dentro de una hora o todavía me quedan mil horas de vida, pero quiero amarte, Elsa, lo deseo con toda el alma.

—Yo también —dijo ella entrecortadamente.

Enlazó el cuello de Clyton mientras le hundía los dedos en la nuca, pidiéndole que la poseyera con vitalidad y fuerza.

Sus labios se encontraron y también sus cuerpos ya desnudos. Nadie turbó aquellos momentos de amor intenso, de posesión y entrega mutua de dos cuerpos que se agitaban entre suspiros que brotaban de unos labios que semejaban faltos de aire, mientras la piel se humedecía con un suave sudor que olía al perfume del amor, eterno entre hombre y mujer.

La civilización terrícola aún no estaba eliminada en su totalidad.

CAPITULO XI

Sandry era quien había recibido el mensaje conminativo.

El poderoso cerebro que habitaba en lo más recóndito de la gruta, flotando entre dos aguas, no se comunicaba bien con los terrícolas, si éstos se hallaban fuera de su fantástica y a la vez repugnante guarida.

Sandry, más receptiva que sus compañeros, sí captaba los mensajes telepáticos, pues aunque la telepatía no conocía distancias, la receptividad de los terrícolas resultaba pobre para lo que exigía aquella extraña situación.

—Nos ordena que vayamos —dijo Sandry.

—¿Todos? —preguntó Elsa, que tenía un brillo nuevo en sus ojos y un color más sonrosado en las mejillas.

—¿Que no quede nadie en la nave? —preguntó Renis.

—Nos ordena que vayamos todos —dijo Sandry, que expresaba un evidente dolor de cabeza.

—Entonces, vamos —dijo Clyton—, pero que cada cual piense lo que le venga en gana, ya me entendéis. Y si alguien tiene deseos de gritar con toda su alma, como si enloqueciera, que lo haga.

A las observaciones de Clyton, nadie preguntó por qué.

—Es posible que ahora nos diga qué es lo que quiere de nosotros —dijo Pierre.

Clyton opinó:

—Intuyo que lo que pretende es convertirnos en bomba dirigible

para vengarse de los tribunos.

—Saldremos de dudas, yendo a verle —gruñó Renis—. Mientras no nos asesine, como hizo con Walker…

—Walker quiso destruirle a él.

—Estaba en su derecho —replicó Renis—. Ese monstruo nos esclaviza.

—Sí, pero… En fin.

—Parece que te conformas, Clyton —rezongó Renis, molesto.

—De la mala situación, saca lo mejor que puedas. Vamos.

Descendieron hasta el pequeño hangar donde aguardaba el vehículo AHC, donde cabían muy justos, ya que eran cinco y el vehículo tenía sólo cuatro plazas. Abandonaron la «Viking».

Clyton recordaba vivencias habidas en la Tierra antes de su partida hacia la aventura del espacio. Ahora, la «Viking» quedaba vacía, como desprotegida bajo aquella gigantesca roca que seguía flotando en el aire como si el planeta careciera de gravedad.

Si la «Viking» quedaba aplastada, jamás saldrían de aquel siniestro planeta Negro.

Descendieron al cráter y se introdujeron en la gruta que conducía a la madriguera del monstruoso cerebro que les esclavizaba.

—No le tengáis miedo —les dijo Clyton, de pronto—, Pensad que nos necesita.

—Puede prescindir de alguno de nosotros —masculló Pierre.

—Sí, eso es cierto, pero, si nos va exterminando, corre el peligro de que la venganza que está tramando no llegue a consumarse. El está aún más prisionero que nosotros, no puede moverse de donde está. Por encima es un gigantesco cúmulo de neuronas activas, pero por debajo es como una gigantesca medusa, con raíces o hililllos. Es posible que esos tejidos, que absorben el alimento del agua, desciendan muchos metros de profundidad.

—Si pudiéramos echarle a esa agua un bidón de cianuro —gruñó Pierre— ya nos habríamos librado de él.

Clyton, más práctico, objetó:

—Ni tenemos el bidón de cianuro ni nos dejaría acercar con él hasta el lago. ¿Os habéis fijado que en ningún momento nos ha permitido aproximarnos al agua?

—Es cierto —asintió Sandry—, no llegamos a acercarnos.

Clyton detuvo el vehículo al llegar a la zona iluminada. El olor de aquellos honguillos verdosos llegó claramente hasta ellos.

Los repugnantes escarabajos pululaban por todas partes. Elsa no soportaba bien su presencia, tenía que hacer verdaderos esfuerzos para vencer la repugnancia y el miedo que le inspiraban.

Renis se puso a la cabeza de la comitiva. Fierre le seguía y tras él iban Sandry y Elsa.

Clyton se las arregló para cerrar la marcha y lo que nadie advirtió era que tras de sí dejaba un cordón que estaba unido al vehículo. Nadie reparó en él, a nadie le dijo que lo iba dejando. El cordón iba quedando apoyado en aquel suelo alfombrado de honguillos y los propios escarabajos lo observaban, atentos y desconcertados.

Llegaron al fin a la presencia del monstruoso cerebro, que les dijo:

—Así está bien. Cuando yo os reclamo, vosotros venid.

—Desde la nave no captamos bien —objetó Clyton.

—Yo sí os capto a vosotros y sé cuáles son todas vuestras preocupaciones y deseos.

—Nuestro deseo es marchar de aquí —dijo Sandry, sin ambages.

—Marcharéis muy pronto.

—¿Cuándo? —inquirió Renis.

—Muy pronto, pero antes de alejaros hacia vuestro planeta, destruiréis a los tribunos que me traicionaron.

Pierre gruñó:

—Ya no podemos regresar a nuestro planeta.

—¿Por qué no? —preguntó el cerebro.

—Porque los xamanícolas lo han destruido.

—Eso no es cierto.

—Sí, sí, lo han hecho —dijo ahora Clyton.

—Eso no es verdad. Yo capto muchas cosas, aunque esté aquí encerrado.

—Entonces, ¿qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Elsa, nerviosa.

—Xamanícolas y terrícolas han luchado, pero luego, cada civilización ha regresado a su sistema, alejándose del enemigo. Se ha creado un vacío de espacio sideral muerto, entre ambos. Si yo hubiera estado al mando del imperio de Xama, os habría destruido, pero los tribunos no se han arriesgado a lanzar las naves de combate a varios años-luz. Eso siempre implica un riesgo y el que se mantiene a la defensiva tiene las de ganar. Pero si yo hubiese llevado el mando, os habría aplastado porque sois inferiores.

—¿De verdad que no han destruido nuestro planeta, nuestra civilización? —preguntó Renis, emocionado, abriendo sus ojos a la esperanza.

—No.

—Entonces, ¿por qué nos han mentido? —preguntó Clyton.

—Para utilizaros contra mí. Sé muy bien que habéis venido a destruirme.

—No hemos venido a destruirte —puntualizó Renis— porque ni sabíamos que existías.

—Sólo veníamos a buscar una caja metálica, que tiene unos círculos concéntricos cortados por un radio —explicó Pierre.

—Seréis ingenuos… ¿Y no se os ha ocurrido pensar que esa caja es vital para mi supervivencia?

Clyton fue sincero:

—Lo cierto es que lo he pensado, pero sólo después de estar aquí.

—Jamás podréis coger esa caja, no os dejaría acercar a ella, por ningún motivo.

—¿Es lo que da energía al sol artificial que hay en el techo? —preguntó Clyton.

—Sí.

—¿Y oxigena el agua del lago? —preguntó ahora Renis.

—Sí.

—Es un proveedor de. energía —dedujo Clyton.

—Una pila nuclear, de duración casi ilimitada. Esos traidores os han pedido la caja metálica para que yo me quede sin energía, lo que equivaldría a mi muerte. Lo que no entiendo es cómo, habiendo sido capaces de engañaros con el cuento de que habían destruido vuestra civilización, pensaban que podíais quitarme la caja metálica.

A Renis se le ocurrió decir:

—Si ellos nos han tomado por tontos, han podido pensar, que tú también pensarías lo mismo de nosotros.

—Me gustaría tener la voz que un día tuve para que mis carcajadas rebotaran contra las paredes de esta maldita cueva, de la que ya jamás saldré. Conocía vuestra inferioridad, pero no sospechaba que llegara a tanto.

—Para nosotros es un alivio saber que nuestra civilización no ha sido destruida y que todo ha sido un engaño para manipularnos y obligarnos a intentar un trabajo que los propios xamanícolas no se han atrevido a hacer.

—Si nuestra civilización pervive, ya no me importa morir —dijo Sandry, con sinceridad.

—Vosotros iréis con vuestra nave de nuevo a Xama. y, una vez allí, haréis lo que yo os ordene.

—¿Desde aquí? —preguntó Renis.

—Sí, desde aquí. He captado ya las ondas de vuestros cerebros a la perfección y os puedo dirigir a distancia, como a muñecos.

—Lo que quiere decir que nos puedes enviar a la muerte, sin que podamos evitarlo, sólo para vengarte de los tribunos.

A la pregunta de Clyton, el cerebro respondió:

—A los esclavos no se les dan explicaciones.

De pronto, Pierre lanzó un largo e inesperado alarido. Por su parte, Sandry se echó a reír estentóreamente y Elsa comenzó a

pronunciar palabras totalmente incoherentes. Era como si se hubieran puesto previamente de acuerdo sin ser así.

El alarido de Pierre había sido como una pauta a seguir para desconcertar al monstruo, que flotaba en las siniestras aguas.

En aquel momento, Clyton dejó caer algo que llevaba a su espalda. Era un falso escarabajo, un escarabajo electrónico, fabricado por él con cobertura de materiales plásticos, que le diferenciaban muy poco de los escarabajos que pululaban en todas direcciones, a millares, sólo que aquel escarabajo era un poco mayor, y estaba unido al cable que Clyton había ido soltando.

El escarabajo comenzó a avanzar en dirección al lago, sin que nadie reparase en él, ni siquiera el propio Clyton, que se negó a seguirlo con la mirada para que su acción fisicomental no fuera captada por el monstruo esclavizador.

CAPITULO XII

—Si quieres que cumplamos tus órdenes, deberás desbloquear nuestra nave —le dijo Clyton.

—Ya está desbloqueada, ya puede ponerse en marcha.

—¿Y la gran roca que amenaza con destruirla?—preguntó Renis.

—Ya no está.

—Entonces, ¿podemos marcharnos? —preguntó Pierre.

—Sí, pero seguiréis fielmente mis órdenes o quedaréis destruidos en el espacio.

—Tengo una duda, emperador.

—¿Cuál? —respondió a la pregunta de Clyton.

—La montaña rocosa que teníamos encima de la nave sólo era una ilusión, que nos has impuesto para atemorizarnos, ¿verdad? Una visión de algo que no existe.

—Eres bastante listo, terrícola. Sí, la roca no era real, pero vosotros la temíais.

—Los xamanícolas actuáis constantemente con engaños —le replicó Renis.

Clyton agregó:

—Primero, los tribunos nos mienten diciéndonos que somos los

últimos terrícolas que quedamos, después de una guerra en la que la civilización terrícola ha sido aplastada, y lo hacen para que les obedezcamos, pensando que así tenemos una posibilidad de salvarnos, ya que para nosotros es más importante nuestra especie que nuestra propia vida en particular.

—Ha sido una estratagema muy propia de los traidores.

Mientras, el escarabajo seguía avanzando trabajosamente por lo accidentado del recorrido y debido a su tamaño. Clyton habló con aparente normalidad, sin querer mirar a su artilugio electrónico, convencido de que éste seguiría adelante, según fuera programado en el taller de la nave «Viking», no en vano Clyton era ingeniero electrónico y espacial.

—Y tú nos has hecho creer muchas cosas que no han sido más que ilusiones ópticas.

—Todo no han sido ilusiones. Tengo el poder de captar vuestras mentes, de hablaros como lo estoy haciendo, y si respondéis es porque yo os ayudo.

—Pero, no tienes tanta capacidad telequinésica como pretendes.

—Sí la tengo. ¿Quieres que te haga otra demostración?

—No, no es necesaria, no sabría distinguir si es una realidad o una sugestión.

—¿Fue acaso sugestión la muerte de vuestro compañero, al que llamáis Walker?

Clyton tuvo que admitir que aquello sí era cierto.

Elsa se fijó entonces en aquel cable que se movía y en el escarabajo, de caminar torpón, que lo arrastraba, y no pudo evitar mirar a Clyton, interrogante.

Este, comprendiendo que la situación era muy difícil, pues el monstruoso cerebro podía captar sus pensamientos, comenzó a gritar desaforadamente.

Elsa se puso a reír mientras el falso escarabajo ya llegaba a la orilla del lago y era rodeado por un nutrido grupo de escarabajos reales, que le inspeccionaban como queriendo comprobar si se trataba de un intruso.

Así debieron de estimarlo, porque comenzaron a hostigarle con

sus tenazas. Mas el escarabajo mecánico, ajeno al dolor, seguía adelante, y comenzó a meterse en el agua, mientras encima de él se hallaban los otros escarabajos, que vanamente intentaban frenarlo.

El escarabajo fabricado por Clyton llevaba una cápsula de potasio sódico, que le hacía avanzar.

Para el gran cerebro, la presencia de los escarabajos, aún flotando en. el agua, donde habían muerto a cientos. y luego se descomponían con la propia agua, oxigenada de forma constante por el compresor accionado por la energía nuclear, era algo normal, y no les prestó la más mínima atención.

De pronto, se produjo como un gran rugido, un rugido que no se oía.

El cerebro semejó hincharse y un aura morada se agrandó en torno suyo, alcanzando varios metros de altura, mientras toda la gruta semejaba temblar y grandes rocas se desprendían del techo y las paredes. Era como si estuvieran en el centro de un seísmo.

—¡Protegeos, protegeos! —gritó Clyton—. ¡Se está electrocutando!

Era como si fueran a morir sepultados, de un instante a otro.

Una roca parecía ir a caer sobre Elsa y Pierre la desvió con su espalda, interponiéndose entre la piedra y la muchacha. De pronto, Pierre se sintió arrebatado por una fuerza invisible, contra la que nada podía.

—¡¡Auxilio!! —gritó.

Clyton se lanzó hacia sus botas para retenerlo. Consiguió cogerla, pero la bota acabó saliéndose del pie. Renis cogió a Clyton y las muchachas se abrazaron entre sí.

Pierre fue arrastrado hacia las aguas, mientras el cerebro semejaba un fuelle que se hinchaba y deshinchaba mientras se tornaba negro. Pierre, ante la desesperación de sus compañeros, fue atraído por la fuerza telequinésica del monstruo y aplastado contra él.

Al llegar a éste, gritó y gritó hasta quedar quieto e inerte. Las rocas dejaron de desprenderse y los escarabajos de correr en todas direcciones como en una locura colectiva de la colonia de los repugnantes insectos que los terrícolas tenían que apartar a manotazos.

—¡Ha muerto! —gritó Renis, poniéndose en pie.

—Sí, y Pierre también —masculló Clyton, lamentándolo.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Elsa.

—He fabricado ese falso escarabajo para que arrastrara el cable hasta el cerebro y el cable estaba unido a la pila atómica del vehículo AHC mediante un transformador que ha aumentado el voltaje a la máxima potencia. Imagino que ahora la pila atómica del vehículo estará consumida, no podremos utilizarlo al regreso.

—Pierre era un gran muchacho —opinó Clyton, dolorido

—No puedes culparte de su muerte —le dijo Elsa—, Además, nos habría matado a todos. En sus convulsiones agónicas, ha captado al ser de mayor masa, que era Pierre.

—Pero ha sido vencido, y ahora se pudrirá ahí abajo —gruñó Renis.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Sandry.

—La. Tierra no ha sido destruida, es lo que nos ha dicho ese maldito cerebro, antes de ser electrocutado, pero los xamanícolas estarán alerta. Nuestra nave no es de combate, podemos ser atacados y destruidos. Si declararon la guerra a nuestra civilización, en consecuencia somos sus enemigos.

—¿Qué haremos con el cadáver de Pierre?

Clyton miró a Renis y le respondió con serenidad:

—Nada. Bueno, podemos buscar la pistola que mató a Walker y lo desintegraremos para que no lo devoren los escarabajos.

Mientras ellas se quedaban quietas, Renis y Clyton buscaron los restos de Walker. Encontraron sólo el esqueleto, con la calavera calcinada. Clyton le quitó la pistola de los huesos de la mano, y se irguió por encima de la masa crujiente de honguillos. Apuntó al cadáver de Pierre, al tiempo que decía:

—Adiós, compañero, nos encontraremos en la eternidad.

Y disparó.

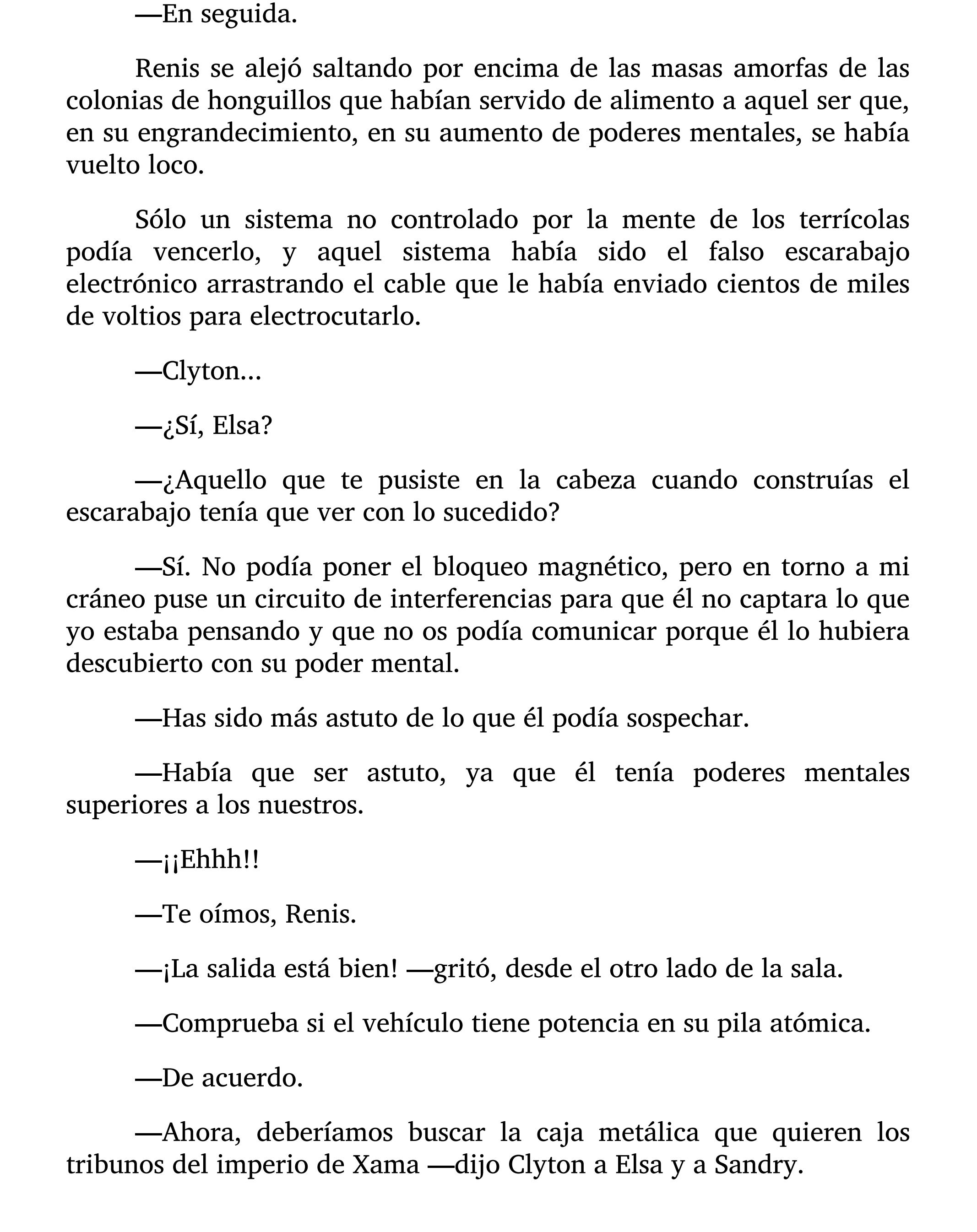
El dardo incinerante brotó de la pistola y el cadáver de Pierre, aun estando en parte en el agua, se inflamó. Se tomó blanco después y fue desapareciendo hacia el interior de las aguas mientras el cerebro

seguía flotando, como una masa viscosa y ahora negruzca.

—Renis...

—Sí, Clayton.

—¿Puedes comprobar si tenemos la salida libre?



—En seguida.

Renis se alejó saltando por encima de las masas amorfas de las colonias de honguillos que habían servido de alimento a aquel ser que, en su engrandecimiento, en su aumento de poderes mentales, se había vuelto loco.

Sólo un sistema no controlado por la mente de los terrícolas podía vencerlo, y aquel sistema había sido el falso escarabajo electrónico arrastrando el cable que le había enviado cientos de miles de voltios para electrocutarlo.

—Clyton...

—¿Sí, Elsa?

—¿Aquello que te pusiste en la cabeza cuando construías el escarabajo tenía que ver con lo sucedido?

—Sí. No podía poner el bloqueo magnético, pero en torno a mi cráneo puse un circuito de interferencias para que él no captara lo que yo estaba pensando y que no os podía comunicar porque él lo hubiera descubierto con su poder mental.

—Has sido más astuto de lo que él podía sospechar.

—Había que ser astuto, ya que él tenía poderes mentales superiores a los nuestros.

—¡¡Ehhh!!

—Te oímos, Renis.

—¡La salida está bien! —gritó, desde el otro lado de la sala.

—Comprueba si el vehículo tiene potencia en su pila atómica.

—De acuerdo.

—Ahora, deberíamos buscar la caja metálica que quieren los tribunos del imperio de Xama —dijo Clyton a Elsa y a Sandry.

—Busquemos, siguiendo los cables de la instalación.

Se repartieron por la amplísima gruta. En algún lugar tenía que estar la conducción de aireación de las aguas y Elsa la encontró.

—¡Aquí hay un tubo! —gritó.

—Síguelo —le pidió Clyton.

—Clyton, Clyton, ¿me oyes?

—Sí, Renis, te oigo.

—La batería no está agotada del todo, queda la reserva. Por lo visto, al llegar al tope de reserva, se ha efectuado una desconexión automática.

—Magnífico, así podremos regresar a la nave, en el AHC.

—¡Clyton, Clyton! —gritó Sandry, a través del intercomunicador.

—¿Qué sucede?

—¡La he encontrado!

—¿La caja?

— ¡Sí, sí, la caja, ven!

Clyton se subió sobre unas colonias de honguillos y buscó a Sandry, descubriéndola junto a una cavidad que había en la pared rocosa. Elsa ya caminaba también hacia ella, siguiendo el tubo de oxigenación de las aguas.

—Ahora voy.

A grandes zancadas, no tardó en reunirse con ellas.

Las linternas iluminaron la caja metálica super blindada que contenía la pila atómica de duración prácticamente ilimitada para el consumo que de ella iba a hacerse.

Junto a ella, dos compresores de aire, que debían de irse alternando de forma automática para evitar el desgaste, por excesivo y continuado uso.

—Sí, no cabe duda, es ésta —asintió Clyton, viendo los círculos concéntricos, cruzados por el radio.

Desconectó los cables que daban fluido a los compresores y, antes de desconectar el sol artificial, trató de mover la pila y opinó:

—Es muy pesada.

—Tiene argollas de arrastre y ruedas de tejido metálico.

—Veremos de atar un cable al vehículo AHC, a ver si conseguimos sacarla de aquí.

—¿Piensas entregársela a los tribunos? —preguntó Elsa, desconcertada.

—Sí, ellos la han pedido y yo tengo que darles la caja porque, si no lo hiciera, reventaría.

Clyton fue hacia el vehículo donde aguardaba Renis y le dijo:

—A ver si puedes poner la nave lo más cerca posible de donde están Elsa y Sandry.

—Lo intentaré.

Renis maniobró con el vehículo, haciéndolo avanzar por encima de los escarabajos y las colonias de honguillos, situándolo muy cerca de la cavidad donde se guardaba la pila atómica.

Prepararon el cable de enganche, que sujetaron a la caja metálica.

—Subamos —pidió Clyton.

Ya dentro del vehículo, comenzó el arrastre, y la pesada caja de la pila atómica pasó por encima de las colonias de honguillos, hundiéndose en parte.

Clyton temía que la reserva de potencia de su vehículo pudiera acabarse en el momento más inadecuado. pero el atom-hover-craft siguió adelante, y sacaron la pila atómica, por la galería, al exterior. Luego, fue arrastrada hasta la «Viking».

Mediante unas sujeciones magnéticas de alta potencia, sujetaron la pila atómica en la panza de la «Viking», y luego cerraron compuertas.

Clyton se acomodó en la butaca de pilotaje.

—Adiós, Walker; adiós, Pierre. Os recordaremos siempre.

Tras la despedida a los compañeros muertos, puso en marcha la «Viking», que comenzó a elevarse en vertical, abandonando el planeta Negro, de regreso a Xama.

El viaje era corto. Clyton consultó el ordenador y éste le dio velocidad de cinco mach luz, enfilaba hacia el planeta Xama, donde les estaban aguardando.

—Renis, abre la telecomunicación.

No tardó en aparecer el rostro de un oficial xamanícola, aquel ojo con una gran pupila central y tres más pequeñas orbitándola, aquella ñoca circular de trompetilla.

—Os escuchamos, terrícolas.

—Venimos de regreso. Avisad a los tribunos que nos esperen en el palacio imperial, tomaremos contacto frente a la explanada.

—No, terrícolas, tendréis que tomar contacto en el astropuerto.

—Tomaremos contacto en la explanada —insistió con firmeza—. Queremos entregar a los tribunos la caja metálica que nos han pedido. Por cierto, el que fue vuestro emperador ha quedado bastante frito.

—¿Qué quieres decir? —inquirió el oficial xamanícola.

—Dentro de poco se lo diremos a los tribunos en persona. Que nos esperen en el palacio imperial, cortamos la comunicación.

Renis cerró. Mirando a Clyton preguntó:

—¿Qué jugada les preparas?

—Sólo darles lo que deseaban, no hay que olvidar que son enemigos de la civilización terrícola. No quería hacerles ninguna mala pasada, pero ahora están las cosas como para devolverles la jugarreta. Espero que, después del regalito, ya no se les ocurrirá decir a ningún otro terrícola que el planeta Tierra ha sido destruido, y su civilización, genocidada.

Cuando creyó que la distancia era la oportuna y que los xamanícolas ya nada podían hacer para desviar su trayectoria, desconectó las sujeciones magnéticas de la pila atómica bajo la panza de la «Viking».

Hizo un giro brusco en el espacio con la nave y la pila atómica, por la velocidad de aceleración, prosiguió su viaje en línea recta hacia

su destino, hacia el lugar adonde debía haberse dirigido la nave interestelar.

La «Viking» había desviado su ruta y ahora ponía rumbo al Sistema Solar en que se hallaba el planeta Tierra, la madre de todos ellos.

Gracias a la telecámara pudieron ver una gran explosión nuclear que se produjo en el palacio imperial de Xama. La potente pila atómica había hecho blanco y estallado, después del recalentamiento a causa del roce con la atmósfera de Xama.

—Ha sido el fin de los tribunos, por lo menos, así lo espero —comentó Clyton, relajándose.

—Ya no creo que intenten otra guerra contra nuestra civilización —comentó Renis, mientras la nave aumentaba su velocidad crucero, poniendo sus motores a la máxima potencia hasta alcanzar el diez mach luz.

Mas el planeta Tierra aún quedaba muy lejos de ellos; tenían por delante mucho tiempo para meditar, divertirse y amarse. Ahora eran dos parejas, y así lo entendieron, por lo que el piloto automático no tardó en entrar en funcionamiento.

Los labios de Renis se encontraron con los de Sandry, los de Elsa con los de Clyton... Era casi seguro que cuando llegaran al astropuerto de la Confederación Terrícola en el planeta Tierra, en vez de cuatro llegaran por lo menos seis, ya que el viaje iba a durar bastante más de un año, y no había por qué desaprovechar el tiempo, cuando tenían la posibilidad de amar, gozar y procrear para que la especie terrícola no sucumbiera jamás.

FIN